

CUENTO

# Sudario del silencio

*Jorge Torrealta*



# SUDARIO DEL SILENCIO

HONORABLE AYUNTAMIENTO  
DEL MUNICIPIO DE PUEBLA

C. JOSÉ CHEDRAUI BUDIB  
Presidente Municipal Constitucional del  
Honorable Ayuntamiento del Municipio de Puebla

C. ANEL NOCHEBUENA ESCOBAR  
Titular de la Dirección General del Instituto  
Municipal de Arte y Cultura de Puebla

C. FERNANDO RÍOS ROCHA  
Titular de la Dirección de Desarrollo Artístico,  
Cultural y Patrimonial

C. GEORGINA DEL CARMEN  
MEZA GORDILLO  
Titular de la Jefatura del Departamento de  
Fomento a la Lectura y Editorial

# SUDARIO DEL SILENCIO

JORGE TORREALTA

Cuidado editorial: Katalina Ramírez Aguilar  
Corrección ortotipográfica: Andrea Garzón y Ruth Miraceti  
Diseño de interiores: Christophe Prehu Maurer  
Diseño de forros: Teresa Mantilla Peláez  
Ilustración de portada: Katalina Ramírez Aguilar

© D. R. 2025 Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla  
Priv. B Poniente de la 16 de Septiembre 4511  
CP 72534, Puebla, México

ISBN: 978-607-8977-35-2

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en México

*Dedicatoria*

*A la Divinidad,  
soplo primigenio, semilla del mundo,  
pulso invisible que sostiene los mares,  
las raíces y los cielos,  
luz y sombra sin nombre que guarda el secreto  
[de toda vida.*

*A Liliana Viguera Ramos,  
espíritu de agua y fuego sereno que habita en su mirada,  
rostro humano del misterio del amor.*

*A mi madre, Margarita Torres,  
por ser refugio, raíz y regreso,  
sangre que ora en silencio por mi destino.*



No mates ningún ser  
ni inocente ni monstruo;  
todo animal eres tú mismo  
en evolución de ser.

GONZALO ARANGO

No amé al mundo, ni el mundo me quiso a mí.  
No adulé sus jerarquías, ni incliné  
paciente rodilla a sus idolatrías.  
No he forzado sonrisas en mis mejillas, ni gritado  
adorando un eco; entre la multitud  
no me contaron como uno más.  
Estaba con ellos, pero no era de ellos.  
Estuve y estaré solo, recordado u olvidado.

CHILDE HAROLD





# ÍNDICE

BRISA DEL ALBA QUE HIENDE EL SUDARIO	
DEL SILENCIO .....	11
DESPERTAR.....	13
VIAJE INTERIOR .....	15
ACHICORIA .....	37
SANGRE .....	43
1914.....	49
TIME .....	57
EL CONTADOR DE ESTRELLAS .....	73
GUERRA BAJO LA NOCHE .....	79
LATER .....	81
MAR; OCÉANO.....	123



## BRISA DEL ALBA QUE HIENDE EL SUDARIO DEL SILENCIO

**S**IGUIÓ EL MOVIMIENTO DE SUS LABIOS y adivinó las palabras, su reflejo sobre las aguas, aquella imagen sumergida era real, operativa: su auténtico yo. Había dado sus primeros pasos hace océanos y relámpagos azules. Jamás se enamoró ni enamoró. Sabía que aquel sentimiento corrupto es vil y venenoso. Miró su reflejo y se preguntó si acaso era hombre, como todos. Y tras olas y mareas y nieve y hojas que caen y no reconocer su imagen, decidió recorrer la Tierra hasta hallar el lugar adecuado. Solo un sendero conduce a tal destino y cada paso se pierde, se olvida, como si el sitio no existiera. Se llega una sola vez y el camino

desaparece: imposible volver. Se debe hallar otro para descubrir una nueva ruta. No llevaba consigo sino su memoria y la palabra; la dermis pétrea, fuerte; coraje y valor. Desnudo, irrumpió en el mundo; desnudo yacía en él, espacio ignoto y cruel; errante organismo en busca del origen. Delante de sus ojos, en su entorno todo, figuras idénticas de transcurso perenne e inútil, ciclos de miseria que desbordan el espacio y producen dolor.

En el camino olvidó la cuenta de sus días, cuando descubrió que el tiempo es ilusorio, un espejismo para ordenar las acciones de los hombres, para pensar que viven y olvidar que mueren. Advirtió que el mundo es una organización de falsedades dispuestas para perpetuar un secreto. Y durante su ruta pensó haber descubierto la verdad, pero mientras más aprendía, menos comprendía.

Y olvidó el significado de las palabras.

Buscaba el mundo ideal, allí donde nacen las ideas. La soledad: real compañera, auténtico ser.

Agotado, descansó, y soñó.

Escuchó un susurro a lo lejos, en el espacio onírico. Era la brisa del alba que hiende el Sudario del Silencio.

## DESPERTAR

**A**MANECIÓ Y ENSEGUIDA, EL BULLICIO. El ave que cantaba al lado mío, en el árbol de aguacate, calló para siempre. Los sonidos naturales fueron hollados por la rutina de la esclavitud, es decir, del trabajo, de la humana vida. Todos emprendieron el día con buen ánimo, felices de acudir a la calle, a la escuela, a la vida. Yo permanecí en casa, con una taza de café, la última; no tenía trabajo ni dinero. Me hallaba hambriento y el agua se agotaba. Pero tenía tiempo: ese invencible fantasma que de nada sirve, pero que tenemos todos por igual, así que no tenía nada, solo a mí, que también es nada.

Y la gente volvió sus rostros al mundo, mejor dicho, los exhibió. La mueca y la sonrisa son las armas para ir a la guerra, es decir, a la sociedad, que no son sino máscaras para adecuarse, para no ser vulnerado por el otro, incluso por uno mismo. Trajes, sacos, zapatillas, collares, maquillaje, en fin, todo lo necesario para la batalla diaria.

Aquellos que se dicen y son llamados expertos decían que, tras la pandemia, el mundo no volvería a ser igual; mentiras, como siempre. Todo volvió a ser igual. El hombre pasó de una prisión a otra. La primera cárcel, el vientre materno; luego, la lengua, la escuela, las reglas, el trabajo, la nación, el matrimonio, y todo vuelve a suceder hasta la locura.

El humano no cambia; somos ciclos.

Aquel nuevo día, tras la pandemia, amaneció; sin embargo, todo se hallaba oscuro.

Los pájaros no cantan más. Nunca los hubo. Era una corrupción de mi mente anhelante de libertad.

## VIAJE INTERIOR

...

—Todo sigue igual. La digestión ha mejorado, pero el cansancio aumenta, también los dolores menstruales —dijo Lirio.

—Bueno, hemos cambiado tres veces el tratamiento. Puedo cambiarlo una vez más, pero solo será una variante —respondió la doctora.

—He pensado mucho en la cirugía. No quería esto, por el trabajo, pero creo que lo haré. Serán como vacaciones, unas vacaciones dolorosas —dijo Lirio.

—Te recuerdo que la cirugía es una solución momentánea. Eventualmente, los miomas volverán a aparecer —apuntó la doctora.



Lirio bajó la cabeza y suspiró. Estaba cansada de todo. El peregrinar de médicos la había llevado hasta la medicina naturista, pero nada había funcionado, su vientre no dejaba de crecer a causa de los miomas que crecían en su útero. Las protuberancias eran tan grandes que podían sentirse apenas tocar la piel de aquella parte de su cuerpo. Hacía ya seis años de ello, cuando su madre advirtió la inflamación del vientre de Lirio y la acusó de estar embarazada y no tener novio. Fue la primera vez que tuvo conciencia de ello. Los primeros médicos señalaron colitis como causa de la inflamación y recetaron lo propio. La madre respiró aliviada.

Sin embargo, el tiempo transcurrió y el padecimiento progresó. La madre volvió a señalar el embarazo, pero Lirio dijo que debía ser algo más. Los dolores menstruales eran intensos y el sangrado, abundante. Además, se presentaron nuevos síntomas, como el agotamiento e insomnio.

Entonces, comenzó la peregrinación. Acudió a varios médicos. El diagnóstico era el mismo; el tratamiento, diferente. La edad de Lirio era determinante. Contaba 29 años y, según los galenos, su tardía edad para embarazarse, así como su temprana pubertad,

habían provocado la aparición de los miomas. Por su parte, ella se había dedicado a su vida profesional y académica, y jamás se había comprometido en temas amorosos, ya que le parecían una tomadura de pelo. Había tenido unas cuantas citas con compañeros de trabajo y universidad, pero concluía que todos eran aburridos, imbéciles y pretenciosos.

Ahora, a sus 35 años, toda su familia la impulsaba a casarse, a tener hijos, pues, de acuerdo con los médicos, una de las soluciones a los miomas era el pronto embarazo. Ella, por supuesto, declinó la recomendación. Pensó en otras soluciones, como la cirugía, aunque el padecimiento, después de un tiempo, aparecería de nuevo. Sin embargo, la mayoría de los doctores consultados recomendaban esta opción como alternativa, ya que la operación es considerada de alto riesgo, pues puede derivar en una hemorragia incontrolable. Optar por esa decisión debía ser inmediato, ya que el desarrollo de los miomas era veloz, en tamaño como en número, lo cual complicaba aún más la intervención quirúrgica.

Agotada de los mismos médicos y sus idénticas opiniones sobre el embarazo, decidió acudir con una naturista. No obstante, poco o nada pudo hacer.

Ahora se encontraba delante de ella, discutiendo la variante de un nuevo tratamiento, el cual le había mejorado el estómago y los nervios, no así el útero.

—Tu problema radica en tu interior —dijo la doctora. Lirio levantó la cabeza y la observó, aburrida.

—Lo digo en serio. Tú tienes la solución a tu problema. Es un problema íntimo, personal, una suerte de bloqueo energético, no sé, algo en tu pasado, en tu percepción del mundo, algo que no te deja ser feliz, un conflicto que no puedes resolver. Eso es lo que ha producido los miomas y hay que atacar eso, pues, aunque te operen, volverán.

—No me diga que debo embarazarme, por favor.

—No. Aunque la naturaleza lo manda. Los miomas también aparecen para llenar ese espacio vacío que ocupa una nueva vida. Pero en tu caso, si es que de verdad detestas la maternidad, debe ser otra cosa, no sé, un deseo insatisfecho, no sé, no sé, eso lo debes descubrir por ti misma.

—¿Está diciendo que si resuelvo ese espacio vacío en mi vida los miomas desaparecerán?

—Sí, te lo aseguro. La evidencia es la inutilidad del campo físico. Ninguna medicina te ha hecho efecto. Tu problema debe constituirse en el plano es-

piritual, energético, desde la raíz. Debes desarraigar eso que te impide ser feliz.

—¿Me dice que debo hacerme una limpia con plantas y esas cosas?

—Podría servir, pero yo te hablo de que debes conocer el origen de ese espacio vacío. Mira, este será mi último recurso, después de esto no haré nada más. Si no funciona, no puedo curarte, sería igual que todos los médicos que has consultado. Después de esto, si es que decides hacerlo, creo que lo mejor será la cirugía —la doctora escribió sobre una receta un nombre y un número telefónico y lo extendió hacia Lirio—. Esta persona es una amiga que organiza tomas de ayahuasca. Es una planta curativa, muy poderosa.

—¿Eso me puede curar los miomas? —interrumpió Lirio.

—No lo sé. Esa planta cura a nivel espiritual. Si tu padecimiento se origina allí, te va a curar.

—No entiendo —dijo Lirio.

—Yo tampoco entiendo mucho. Mi amiga me ha platicado que esa planta te hace conocerte a ti misma, revela cosas dentro de uno que no sabía. No comprendo mucho. Nunca la he probado. Se debe

llevar a cabo una estricta dieta antes de su consumo y la preparación es todo un ritual. Para la ingesta de la planta mi amiga organiza una suerte de retiros y...

—Aún no entiendo cómo una planta me puede revelar cosas —interrumpió de nuevo Lirio.

—La planta es alucinógena, posee DMT, esa sustancia que el cuerpo libera al nacer y al morir. Sin embargo, he visto personas que, luego de tomarla, pasado el efecto, cambian para siempre. La verdad es que la mayoría de los padecimientos tienen su origen en lo intangible. Son problemas psíquicos o espirituales que son somatizados por el cuerpo material. Por ejemplo, el cáncer muchas veces es provocado por un estilo de vida en el que progresa el estrés, el miedo, el odio, todo ello repercute en la carne. Mi amiga asegura que la planta ha sanado a personas con cáncer.

—¿Cómo una planta alucinógena podría curarme? —insistió Lirio.

—Bueno, la planta no cura por sí misma, gran parte lo hace quien la ingiere. La planta te revelará el origen de tu padecimiento y te acompañará en busca de la solución. Mira, yo solo te digo lo que dice mi amiga y lo que dice la gente que la ha probado.

Yo jamás he tenido el valor para beberla, por eso te doy su contacto para que preguntes. Ella puede informarte con detalle. Aunque quiero puntualizar que, si desistes de esto, debes agendar tu cirugía. Esos miomas no deben crecer más.

Lirio tomó el contacto de la amiga de la doctora y lo guardó sin leerlo. Después, abandonó el consultorio. De camino a casa, pensó en la cirugía y todo lo que perdería por ella. Había mucho que hacer. Por eso había buscado otras opciones. Tocó, con desdén, su vientre, y apartó al instante la mano; le pareció que algo en su interior se movía.

Al llegar a casa, fue directo a su cama y pensó en aquel vacío que ocupaban los miomas. Pero su pensamiento se perdió en lo que dejaría de hacer durante su convalecencia, si es que decidía internarse: las auditorías, la revisión de contratos, la expedición de fianzas millonarias, los viajes que tendría que cancelar y, por supuesto, las visitas durante su recuperación, algo que odiaba, pues no le gustaba que la vieran frágil, en cama y con ropa holgada. Luego, se quedó dormida.

Al despertar, fue a la cocina a preparar café. Al abrir la alacena, encontró los medicamentos receta-

dos, tanto naturistas como químicos. Apenas los vio, se deshizo de ellos; todo fue a la basura. Los cogió con fuerza, cada uno, y los arrojó a los desechos. Su boca y sus manos temblaron. La sensación de vacío, de tristeza, recorrió su cuerpo, y estuvo a punto del llanto; una lágrima asomó al borde de su ojo izquierdo, se diría un suicida a punto de saltar a la nada plena de olvido, pero Lirio cerró los ojos, lento, para absorberla, y dio un respiro profundo, agónico. Luego, acentuó la sensación de luto con un café expreso.

Lirio pensaba que moriría como una bomba: explotada tras la liberación de aquella energía dentro de su vientre. Por supuesto, no temía a la muerte. A veces, incluso la deseaba. Hacía seis años del fallecimiento de Baby, su gatita, y aún no lo podía superar. No había día que no la recordara, que no llorara por ella. Ambas se encontraron una noche, en la calle. La felina era una bebé de alrededor de dos meses. Dos años después, murió por complicaciones de una enfermedad que no pudo ser detectada.

Baby era una gatita tricolor muy activa y lozana; su cola concluía en un mechón blanco —un cuarto color— hermoso. Pasaban juntas las tardes en el

jardín, luego del trabajo y de jugar, respectivamente, frente a las flores favoritas de Baby, los girasoles. Y veían suceder el crepúsculo, como absorbidas por el fenómeno.

Pero un día, luego de dos años, comenzó a rasarse con intensidad hasta el punto de arrancarse pelo y sangrar. El veterinario no halló parásitos y solo recomendó un champú. Dos días después, sus ojos comenzaron a nublarse, como si dentro tuvieran arenilla roja. De inmediato, Lirio la llevó con un oftalmólogo que le recetó varios medicamentos. En una semana se había recuperado. Sin embargo, presentó otros síntomas. Esta vez en su cuerpo aparecieron muchos puntos rojos. El doctor, al verla, se tornó serio; era la evidencia de un grave problema.

Dos días después, Baby vomitó sangre y estuvo en observación. Se le diagnosticó una afección en el hígado. Se le trató el estómago y pareció recuperarse. Poco después, los análisis revelaron una veloz disminución de plaquetas. A pesar del tratamiento, su cuerpo no respondió y tuvo que ser dormida antes del final. Lirio la enterró en su jardín, donde sembró un par de girasoles. Seis años después del deceso, Lirio se sentaba al lado de aquellas fúnebres



flores, y pensaba que Baby la acompañaba en cada atardecer. Cuando llegaba la noche, la coronaba con una lágrima sobre los girasoles.

Desde entonces, ya no temía a nada, ni siquiera a la operación, solo la retrasaba por sus quehaceres. Por ello, aquel día, cuando se deshizo de la medicación, decidió que era hora de enfrentar el cuchillo. Pronto haría su postrero viaje de trabajo. Se encargaría de ganar la fianza por quinientos millones de pesos, de la cual se llevaría un buen porcentaje. Después, si seguía con vida tras la operación, ya vería. Daba igual. Daba igual si explotaba apenas le hundieran el filo en las carnes.

Tres días después, Lirio se encontraba en el aeropuerto. Bebía el repugnante café de Starbucks — porque el monopolio había invadido todo— mientras aguardaba que su vuelo fuera anunciado, cuando un hombre ingresó al local, pidió un café y se sentó en una de las mesas adyacentes a ella. El comportamiento del recién llegado era taciturno y lento. Quedaba perplejo ante su café durante algunos minutos y luego miraba a izquierda y derecha.

De pronto, mientras Lirio repasaba el plan de trabajo, el hombre se acercó a su mesa, colocó su café

frente a ella y lo señaló. La mujer observó al intruso, asustada, y al ver su ademán fijó los ojos en el vaso. No había sino el negro profundo de la bebida. Los demás comensales siguieron de cerca el comportamiento del sujeto, pues les pareció sospechoso. Sin embargo, Lirio volvió al rostro del extraño, con mirada inquisitiva y molesta.

—El café me habló —dijo por fin el hombre, en un murmullo. Lirio, confusa y molesta, posó su barbilla sobre su mano izquierda—. Me asomé al café, para soplarle y aspirar su aroma —dijo y calló por un momento, se mostró nervioso, como si buscara la forma indicada de expresar lo que tenía que decir—: Vi mi reflejo, y este me habló —bajó la cabeza, negando—. Me dijo que buscaras en tu bolso café, allí encontrarás la llave o la clave de lo que anhelas... Lo siento.

Apenas refirió el mensaje, el hombre se levantó de forma maquinal y abandonó el local. Lirio lo vio alejarse rápido, hasta perderse en un registro de las aerolíneas. Ella continuó en lo suyo. Una hora después, abordó su avión con destino a Tijuana. Una vez allí, se reunió con inversionistas para dialogar sobre negocios. Y cuando estaba por ganar la fianza

millonaria, una de las ingenieras involucradas en el proyecto le comentó algo fuera de lugar.

—Lili, ¿sabes con qué combina mejor tu traje azul? —dijo la mujer.

—¿Cómo dices? —inquirió Lirio.

—Con tu bolsa café, ¿cierto, caballeros?

El resto de los ahí reunidos se volvieron a las dos mujeres, las contemplaron durante un momento, extrañados, y luego continuaron con la lectura de las garantías del contrato. Ellas no eran amigas, aunque sí habían tomado parte de los muchos tratos que se cerraban entre Puebla y Tijuana, y mantenían un tono de informalidad cuando se encontraban, por ello lo aventurado de aquella observación.

—No les hagas caso, preciosa, ellos no saben. Pero hazme caso. Cuando vuelvas a Puebla, busca tu bolsa café, se te ve muy bien.

Lirio quedó sorprendida. Era imposible que su compañera conociera esa bolsa. La había adquirido hacía un mes y de ninguna manera compartía charlas acerca de moda con ella. Lirio se sintió ajena al momento, extranjera de su entorno, así que apuró los diálogos para concluir el trabajo y volver a Puebla y enfrentar la cirugía.

Tras plasmar las firmas requeridas, estrechar las manos de los involucrados y brindar por la bienandanza del proyecto, se encontró, de nuevo, en el Starbucks del aeropuerto. Mientras esperaba su café, echó una mirada a las revistas dispuestas en un mueble giratorio. Era lo mismo una tras otra, con artículos sin sentido o imbéciles del todo: moda, belleza, chismes de celebridades. De pronto, detuvo el tránsito inútil y aburrido y tomó una de las publicaciones sin reparar en el título, sino en uno de los contenidos presentados en la portada y en la modelo de la misma: «10 bolsos de temporada que no te puedes perder». La chica portaba una bolsa Roberto Verino color café, justo la que Lirio había adquirido y que su compañera señaló. Fue directo al índice y luego pasó las hojas hasta hallar el artículo. Lo leyó, no halló nada interesante y devolvió el producto. El barista le habló desde la barra. Su bebida estaba lista.

Lirio tomó asiento y se perdió en sus pensamientos acerca de las coincidencias de la bolsa y lo que enfrentaría al llegar a Puebla. Transcurrieron los minutos y su vuelo fue anunciado. Se retiró y dejó intacto el café. Temió que le hablara.

Luego de seis horas, Lirio llegó a su casa. Apenas ingresó al inmueble, corrió hacia su recamara, abrió su guardarropa, extrajo el bolso y lo arrojó a la cama. Lo observó a distancia y con mesura, como si fuera un objeto extraño. Quería hallar aquello que lo hacía especial. Pero luego de contemplarlo, concluyó que solo era un accesorio.

Recordó al hombre del café que le dijo que revisara el interior de la bolsa en busca de una llave; pensó en su compañera que de alguna manera sabía sobre dicha prenda, y en la publicación que vestía la portada con aquel accesorio. Tres veces mencionada en insólita forma. Imposible llamar coincidencia a tales hechos.

Lirio abrió su bolso y observó. Había muchas cosas en el interior, sobre todo artículos de belleza. La mujer no buscaba eso, sino una llave, pero allí no se encontraba tal objeto. Así que dejó de pensar en ello y aprovechó para limpiar la prenda. Luego, sus pensamientos se enfocaron en la pronta cirugía. Pensó en llamar a la galena y establecer una fecha para la intervención médica. De pronto, tomó unos papeles y los extendió: folios de gasolinera, notas de autoservicio y una receta manuscrita doblada por la mitad. La abrió y halló el nombre y teléfono de la ami-

ga de la doctora naturista, aquella de la ayahuasca. Tras leer dicha información, de inmediato supo que eso era lo que buscaba. Algo le decía que se comunicara con aquella persona de nombre Estefanía. Se levantó como impulsada por algo extracorporal, tomó su Smartphone y marcó el número. Una mujer contestó casi al instante.

—¿Diga?

—No sé qué decir. Me llamo Lirio... y no sé qué decir.

—No hay problema, Lirio. ¿Hablas por la toma de la ayahuasca?

—Sí, hablo por eso, pero no sé... no tengo idea, yo... no... —dijo Lirio, nerviosa.

—Tranquila. Sé cómo te sientes, como extraviada. Quiero que sepas que la planta, su espíritu, te ha llamado. Estoy segura de que si no sabes por qué me llamas es porque has recibido señales que te han conducido hasta mí.

—¡Sí, exacto! —dijo Lirio, sorprendida.

—Debo aclarar que yo solo soy el medio para llegar a la ayahuasca, nada más. No soy nada especial. Y bueno, puedo decirte muchas cosas por este medio, pero si la planta te ha llamado, es mejor

que descubras lo que quiere decirte. Yo solo puedo indicarte, si es que quieres hacer la toma, cuándo nos reuniremos y la dieta que debes hacer, así como lo que puede experimentar tu cuerpo, el resto es solo para ti. Tú decides.

—Dime todo —dijo Lirio. Y la mujer habló.

—La ayahuasca es doctora porque cura; maestra porque enseña, y madre porque cuida, guía, da poder y visión en sentido espiritual. La ayahuasca nos conecta con nuestra mente, cuerpo y espíritu. Al tomarla, las emociones fluyen, se potencian, y las revelaciones acaecen: revela quién eres. Pero antes de ingerirla, se debe llevar a cabo una rigurosa dieta de purificación: nada de grasas, carnes, azúcares, y desconectarse del mundo: olvidarse de la televisión, celulares, en fin. Esto es muy importante, por eso debes saberlo. La ayahuasca no es para cualquiera, como todos dicen. Hay muchas personas que la toman solo por diversión, como turismo. Yo estoy segura de que solo es para quienes ella ha escogido, como tú. Además, antes de tomar la ayahuasca debes tener una intención o una pregunta que quieres que sea respondida. Eso será el principio del camino y el sendero que recorrerás.

Lirio aceptó. La ingesta de la planta se dispuso en un término de dos semanas. Así que Lirio se aisló en su casa, para meditar y llevar a cabo la dieta, que le resultó fácil, ya que no consumía carne ni azúcares.

Transcurrido el tiempo, se dio cita en un bosque, a las faldas de un volcán, junto con un grupo de diez personas que también beberían la planta. Tras meditar y cantar, guiados por un chamán, bebió hasta tres dosis de la preparación. Otros de los allí reunidos habían entrado en trance con la primera toma. Lirio tuvo las primeras sensaciones hasta la tercera.

Se tumbó en el pasto y observó las estrellas. De pronto, vio un destello, semejante a un cometa, que caía en su dirección. Ella esperó, tranquila, sin temor, pero asombrada. La luz tomó forma y descubrió que era Baby que corría hacia ella. Lirio se incorporó de forma maquinal y la gatita maulló desde el cielo. Su voz era fuerte y sonora, como la recordaba en vida. La mujer quedó petrificada, a punto del llanto. Su compañera llegó hasta la fémina y saltó hacia sus brazos. Lirio la tomó y la abrazó. Baby estaba rodeada en un aura resplandeciente. La mujer comenzó a llorar.



—¡Te amo, te amo, te amo! —le decía, y el felino le enjugaba las lágrimas con su lengua.

—¡Sigo viva! —dijo la gatita. Lirio no la escuchó, sino que la sintió como un pensamiento—. Te observo desde las estrellas... no me gusta verte llorar, por eso hice que vinieras aquí, yo te conduje. Quería verte de nuevo y decirte que estoy bien y que te extraño y que te amo.

Lirio la abrazó más fuerte y la besó. Acarició su rostro y todo su cuerpo hasta llegar a la punta de su cola, el blanco mechón, su cuarto color.

—¡Perdóname, perdóname, perdóname! —dijo Lirio, desbordada en llanto.

—Ya pasó todo. Estamos aquí. Somos inmortales. Por eso vine. Quiero mostrarte algo, mi amada Lirio. Ya no quiero que padezcas —dijo Baby y luego trepó hasta los hombros de Lirio, como acostumbraba hacerlo—. Vayamos al bosque. Allí está la respuesta.

Lirio caminó en dirección a lo profundo.

—Estamos de camino a tu interior, Lirio. Este bosque eres tú. Tu pensamiento sobre mi ausencia yace en tu útero. Ese dolor se ha vuelto carne viva y llena ese espacio del ser que perdiste: yo. Pero mi

memoria no está ahí, yo estoy en tu mente y en tu corazón, ese es mi hogar. Cuando descubras que estoy ahí y que soy inmortal y que nos reencontraremos tras la muerte, entonces sanarás. La vida será como antes, cuando estábamos juntas.

Lirio atendía las palabras y acariciaba a Baby sin cesar, y sus lágrimas, vueltas fuego, caían a la tierra y permanecían encendidas indicando el camino que recorrían. Permanecieron silentes, observándose. Los árboles, poco a poco, desaparecían hasta dar lugar a muros cárnicos. La blanca piel se extendía dando lugar a un pasillo; al fondo, se observaba una puerta que parecía más una invitación que un acceso. Detrás, solo quedaba la profunda oscuridad y el fuego de las lágrimas derramadas.

Por fin, frente a ellas, se hallaba la puerta que observaron a la distancia. Ahora se revelaba como un ser vivo. Era una vagina palpitante; el corazón yacía allí. Baby saltó de los hombros de Lirio y caminó hacia la puerta, solo unos cuantos pasos. Luego, se dio vuelta y encaró a la mujer.

—Debes continuar el viaje sola. Yo ya no tengo injerencia en ese espacio.

—¡No!, no quiero que te vayas, no quiero perderte otra vez —clamó Lirio y abrazó a la gatita y la llenó de besos.

—Tú no me has perdido, vivo en tu corazón y en tu mente, allí he estado desde antes de conocernos. Los sentimientos humanos son muy confusos y algunos, falsos. La percepción de mi muerte ha creado los miomas que te hacen padecer. Por eso debes desarraigarlos de tu interior y reencontrarme. Yo estaré esperándote, mi Lirio hermosa. Solo tú puedes hacerlo, debes penetrar en tu mente, en tu espíritu, en tu cuerpo, y conocerte y reconocerte como ser individual, no como masa, no como gremio. Encuéntrame, estoy contigo, verás que nunca me has perdido. Pero debes sanarte. Solo así podremos comunicarnos. Al final, cuando trasciendas, estaremos juntas otra vez. Esta puerta es la entrada a tu ser; eres tú misma. Solo debes ascender, mi Lirio.

Baby caminó hacia su amiga y saltó a sus brazos, lamió su rostro y ronroneó sobre su pecho. Luego, se hizo luz, y el destello desapareció en el plexo solar de la chica. Aún pudo escuchar: «Te amo, te amo, te amo».

Lirio avanzó hacia la puerta que conducía hacia ella misma, al conocimiento interior, a la sanación

por medio del espíritu y la comprensión. Ahora lo sabía. Al beber la ayahuasca, su intención era ver a Baby, sin saber que ella la había llamado por medio de la sagrada planta.

Y emprendió el viaje.



## ACHICORIA

**T**RANSCURRÍA UNA TARDE AUTUMNAL, colindante con el invierno. Y soplaba el viento como si inhalara y exhalara; iba y venía un viento agradable, frío, un fresco que se añoraba pues el calor persistía en el límite del otoño. Era extraño ver el sol y sentir su intenso calor a la par de la hojarasca desprendiéndose de los árboles. Los colores sepia de la estación brillaban y arruinaban la opacidad de la estación. Había más luz y menos intimidad propia del tiempo.

El cielo era límpido: ni un rastro de lluvia, ni una solitaria nube. El azul era absoluto. Y bajo ese cielo profundo que se extendía como si fuera eterno,

transitaba la gente, apurada y molesta, como siempre. Solo pocos recorrían las calles dando un paseo; aquellos que tenían tiempo para ello o que no tenían noción de este o no sabían qué hacer y «mataban el tiempo» porque no saben que el tiempo los superará, que es perenne. En ese concurso de vidas se hallaba una mujer de 77 años que caminaba lento con mirada inquisidora. Recorría aquella estampa como un niño ante lo nuevo, ante un descubrimiento. Ataviada con un pesado abrigo negro y botines, cuyo caminar los había ensuciado y se dirían viejos, arcaicos, como venidos de hace muchos siglos, como si yacieran en su composición varias memorias de caminos recorridos. Llevaba consigo un bolso de supermercado apoyado en un par de ruedas para facilitar su desplazamiento, tan enjuto que parece vacío.

Así recorría su derrotero hasta que halló una ajada banca y tomó asiento. Estiró los pies. Dejó el bolso a un lado. Luego, tomó un cigarrillo, lo encendió y se puso a fumar, hasta cuatro veces. Tomó su celular y vio el reloj. Se acercaba el atardecer, lento, contundente. Las sombras progresaban en su lobreguez y el viento había aumentado su intensidad. Detrás de ella, en una pequeña jardinera, decaían las

ingentes hojas de una planta de Musa paradisíaca, que ensombrecían la tierra, haciendo de ello una imagen triste, cuasi fúnebre.

Allí, debajo de la penumbra del plátano, se alzaba una achicoria índigo que había hallado buen refugio del sol en horas infernales y de aguaceros y granizos, pues las hojas de dicha planta eran un techo contra las inclemencias del tiempo.

La flor azul era bellísima. La vespéral hora terminaba y he aquí que acudía la noche y la achicoria brillaba como si recién despertase. Brillaba como una estrella que ha caído, y ardía como un fuego frío, gélido. La anciana se dio cuenta del destello, acudió su mirada hasta el punto y quedó atónita. Llevó el cigarrillo a su boca y la ceniza cayó. La mujer había venido hasta ese momento para ello; el hallazgo imposible, arcano. Camina todos los días (se diría una nómada) y busca, ¿qué busca?, lo inhacedero. Aquella bolsa con la que carga es el contenedor de las cosas y sucesos inigualables. Allí guarda el tiempo, lo inhabitual, para que nadie más pueda verlo ni disfrutarlo, es decir, ensuciarlo. «La mirada humana destruye la belleza de lo extraordinario, pues quiere poseerlo, extirparlo de su naturaleza, de su origen,



para enclaustrarlo, excluirlo y así destruirlo», afirma la anciana.

Por ello, contempla el mundo, pone atención, se deleita. Y cuando encuentra algo digno de admiración, lo toma y lo deposita en el bolso. Allí guarda las alas de una mariposa que vuelan solas; un rayo de Sol encarnado en la Tierra; la pluma de un águila que no cae, siempre suspendida, siempre precipitándose sin aterrizar. Pero esa ocasión, no pudo hacerlo. La belleza era ingente, avasalladora...

Había aroma a café fresco y caliente. La gente sonreía, los comensales saboreaban; otros, reían, lloraban, se cubrían el rostro. Nadie miraba la planta. Todo sucedía al mismo tiempo y nadie advertía que la flor brillaba, que había venido quién sabe de dónde. Qué insecto depositó la semilla en la tierra para que aquí yazca.

La mujer contemplaba lo imposible: la belleza. Temblaba su mano, se rehúsaba a raptar la flor. ¿Vivirá si la lleva consigo?, ¿cuánto tiempo había permanecido en ese punto?, ¿será capaz de retoñar?, ¿es una planta o una estrella? Tantas preguntas, ninguna respuesta. Pasó la noche y las risas. Las conversaciones y el aroma a café disminuyeron de

manera paulatina; solo quedaron las sombras que se expandieron hasta abarcar más sombra. Acaeció la soledad. Solo quedó la luz azul. Igual que la flor, la mujer pasó desapercibida. Nadie reparó en ellas. La fémina observó la luna. Era hora de descansar. Contempló la achicoria por última vez, para guardarla en la memoria, y se retiró, con un cigarrillo entre los labios y el humo ascendiendo hasta desaparecer.

Quizás la flor azul que yace sobre el pavimento bajo la sombra de una banca, pero con el sol necesario que se cuele por el asiento, junto con la lluvia, progresará cada primavera, se renovará, nuevas flores mirarán el mundo y recibirán a insectos que llevarán su simiente a otras tierras, ignotos destinos. Acaso muera mañana, o al anochecer, y los hombres y mujeres continúen con su rutina, deprisa, a ningún lado, sino a la tumba.



## SANGRE

**A**GUA OBSERVABA EL TUMULTO POR ENTRE las cortinas de su habitación. Tenía el rostro cubierto por un burka, la máscara de la mujer. Era una procesión, una caminata a ningún lado, una abstracción del mundo.

La mujer volvió a su claustro, cerró las cortinas como si cerrara la pesada puerta de un calabozo, y quedó en una penumbra voraz en aquel minúsculo cuarto donde no había sino fango, mezcla de tierra y sangre que manaba de su sexo desde hace doce años, así como de sus lágrimas derramadas por aquel flujo considerado ignominioso.

Vivía aislada, a la espera de la muerte; había empobrecido a causa de su enfermedad, la cual se había hecho crónica. Los grandes médicos no pudieron hacer nada para ayudarla; al contrario, la desdeñaban y la expulsaban de sus recintos. Las leyes judías eran estrictas respecto a la sangre menstrual, sobre todo esta que no tenía explicación. Era joven cuando la enfermedad asaltó su cuerpo, estaba por casarse y su familia la amaba.

Los médicos no hacían sino condenarla con diatribas escandalosas:

«¡Eres una prostituta que ha abortado cientos de veces, por ello la sangre escapa de tu cuerpo!».

«¡Eres maldita por Satanás y a causa de ello tu espíritu se derrama!».

No podía tocar nada ni a nadie sin contaminarlo con su impureza. Todo lo que tocara, era inmundo; por ello fue aislada, recluida en un cuarto sin nada más que la burka que cubría su cuerpo y ocultaba su rostro, la tierra como su lecho; se diría, un ergástulo.

Hasta ahí llegaba alguno de sus familiares a depositarle comida, acercándola con una vara para evitar ser impuro por aquella mujer; alargaban hasta ella la prenda que ocultaba su detestable situación y al mis-

mo tiempo la cubría del frío en aquella mazmorra. La hermosura de su rostro fue olvidada, y su memoria, sepultada en vida por la sociedad y las leyes divinas. Las arrugas ya surcaban la entereza de su piel. La belleza que alguna vez resplandeció en su rostro se había deformado en las facciones repulsivas de una momia. Cuando salía a la calle, su vida peligrosaba al ser confundida con un endemoniado, al pensarla maldita por su sangre, o lapidarla por creerla una mujer pública. Sobre la tierra yacía el estigma de sus pasos; la bermeja sustancia indicaba su trágico derrotero: era imposible ocultarse.

Se llamaba Agua, es decir: mujer, vida. Ahora, no era sino la muerte, el olvido.

Ocultarse era su rutina; sobrevivir, su maldición.

Hacía doce años que no tocaba otro cuerpo sino el suyo, y cada día repasaba sus arrugas para no olvidar la textura de la piel; se abrazaba a sí misma para sentir aquella forma del amor, pero era frío, áspero, débil; rezaba a Dios en voz alta, ya no para obtener la cura de su mal, sino para no olvidar el habla, para que su lengua no se atrofiara. La artritis progresaba y el tacto se perdía a causa de la impureza de su situación, la memoria de las cosas se extravia-

ba, asistían a su recuerdo formas vagas, sombras extrañas, remotas.

«¡Jesús de Nazaret!», gritaba en la calle una multitud.

Aquel nombre estremeció el débil cuerpo de Agua, quien se había echado sobre la tierra para descansar su vejez.

—Jesús de Nazaret —repitió ella—. Él es el Hombre.

Y se incorporó del suelo como si una voz la llamara.

Corrió las cortinas y entonces lo vio. Era él: Jesús de Nazaret. Era sobrenatural; su apostura sobresalía de entre toda aquella multitud que lo rodeaba, un aura lo envolvía; sobre su rostro se había posado una sonrisa magnífica que contagiaba felicidad, y Agua, que hacía doce años no había siquiera sonreído, echó a reír y sus ojos se iluminaron. Sabía que aquel Hombre no era de esta tierra: no tenía rasgos humanos, sino divinos. Su figura vino a ser la luz que indica la salida de un oscuro laberinto. Y echó a correr a la calle sin importarle su impureza.

Afuera, se encontró con una ingente multitud que ganaba adeptos entre fieles, curiosos y ladronzuelos.

La masa se diría impenetrable. Parecía imposible llegar hasta él. Agua observó su figura en la forma de su sombra proyectada hacia el suelo, y se descubrió tan insignificante que parecía no existir. Solo su mal, el flujo de sangre que manchaba la tierra, era la única señal de su existencia.

«Si solo toco su manto, seré sana», pensó al verlo alejarse.

Y echó a correr abriéndose paso entre la multitud, haciendo impuros a los allí reunidos. Mientras se acercaba, su cuerpo se tornó dócil ante una calma inexplicable. En aquella multitud, se hallaban todas las miserias humanas: los enfermos, los moribundos, los asesinos, los pecadores, los arrepentidos, los miserables, las prostitutas, los ricos, los incrédulos, todo el mundo. Agua pensó que jamás llegaría hasta él. Pero he aquí que un viento venido de la nada agitó todo: la arena y la flora; las ropas y los cabellos del galileo. Un viento fuerte, pero cuyo golpe era una caricia perfumada de clavo.

Agua alargó su mano y tocó el manto de aquel Hombre. Entonces, cerró los ojos. Jesús de Nazaret se detuvo, y la multitud lo secundó.

—¿Quién me ha tocado? —preguntó Jesús.



—Todos te hemos tocado, somos una muchedumbre —dijo alguien. Agua había sido descubierta.

—Tú, mujer —dijo Jesús, señalándola—, tu fe te ha salvado.

La multitud se volvió hacia la fémina y se preguntaba al verla:

«¿Qué puede padecer esta mujer? Es bella, joven y lozana». Sobre la tierra no había más sangre, su rastro había desaparecido.

Agua sonrió como nunca mientras dirigía una mirada de eterno agradecimiento hacia aquel Hombre; una lágrima se desbordó sobre su ojo. Jesús se volvió y la multitud lo acompañó; ya nadie reparó en la mujer.

Agua echó a andar por un camino que no conducía a aquella repugnante mazmorra. Mientras caminaba a ninguna parte, oraba con el rostro puesto en el cielo.

1914

**L**as nubes se aglutinaban veloces y una penumbra vaga se posaba sobre la tierra. Los últimos rayos de sol teñían de rojo las alturas; se diría una profecía que vaticina lo funesto. El tren avanzaba; sin embargo, el paisaje permanecía inmóvil a la vista, semejante a una foto, una imagen invencible atrapada en el tiempo, como un recuerdo imposible de olvidar. Los kilómetros se sucedían en una estampa perenne de montañas desiertas, teñidas tinta en sangre por el sol que se perdía detrás de ellas. El camino todo apestaba a muerte, a pólvora, a carne chamuscada. Era Durango, México. Hace tanto tiempo que la visión era la misma.

Con la noche, había descendido la temperatura y algunos pasajeros se resguardaban del frío con los enseres que llevaban. Uno de ellos cargaba un perro sobre sus piernas y ambos parecían dormir tranquilos, pues cada tanto el hombre y el cánido abrían un ojo e inspeccionaban el sitio. Asimismo, una pareja de ancianos se había abrazado y cubierto con un par de ponchos sucios y pulguientos. Otros se habían hecho un ovillo y algotros fumaban, tosían. De no ser por el tabaco, los humores habrían sido insoportables. El tren parecía ir muy lento, tan lento que se diría que en cualquier momento iba a detenerse.

Hank se levantó de su asiento; el frío le impedía siquiera cerrar los ojos a pesar del cansancio que sentía; además, el aire estaba muy viciado. Intentó caminar para cobrar un poco de calor. Había dejado sobre su asiento su máquina de escribir, un pequeño rollo de papel y unos gramos de tabaco. Iba y venía en el pasillo, contemplando a los pasajeros. Todos ellos se dirían seres miserables: hombres viejos, enfermos, mutilados; los niños, que los había, eran la misma imagen; todos, en aquel tren, parecían morir: temblaban, tosían, se convulsionaban.

En uno de los asientos descansaba un soldado que no dejaba de leer una carta que estaba firmada, y bajo esta, había un sello con un águila, quizás una orden militar. Encendía cerillo tras cerillo y contemplaba aquella hipotética orden hasta que el fuego quemaba sus dedos; entonces, arrojaba el minúsculo madero encendido hacia el piso. Había muchos campesinos, gente muy pobre que había atiborrado el tren con sus pertenencias; sobre los pasillos descansaban costales con viandas, algunos de ellos, muy pocos, se desbordaban: su contenido no era sino frijol y arroz.

Las aves de granja también viajaban allí; unas, metidas en jaulas que comprimían sus cuerpos y las asfixiaban. Otras, amarradas de las patas, inmovilizadas del todo como condenados a muerte, yacían sobre el pasillo, sobre los costales, sobre los hombres; y allí mismo vaciaban el intestino y el aire se envenenaba. Una mezcla de olores repugnantes saturaba el tren y todos sus vagones. Era una imagen asquerosa, la estampa de la miseria, la realidad de aquella tierra sumergida en la violencia.

En la faz de aquellos hombres emergía el terror, el odio, la violencia; sus caras estaban marcadas

con la muerte; tan espantosos eran que se dirían demonios. No había distinción entre ellos: niños, jóvenes, adultos, ancianos, hombres, mujeres; no había alguno que no hubiera presenciado la muerte ni salpicado la sangre sobre sus rostros. La muerte gobernaba sobre aquella tierra, las floresapestaban a pólvora, porque habían progresado en campos sembrados de cadáveres y pólvora.

Hank tomó sus pertenencias y las llevó consigo a las afueras del vagón; quería tomar aire y fumar el poco tabaco que tenía.

El viento era cortante y el tabaco se consumía con prisa. Pronto, no quedó sino la oscuridad, el rumor de la locomotora y un murmullo denso, semejante a voces agónicas, dolientes.

En el vagón vecino se podía observar a un grupo de civiles armados disfrutando del baile de una mujer; un círculo de velas iluminaba su figura, mientras ellos gritaban, aplaudían y celebraban el espectáculo.

No era nada parecido a lo que Hank había visto en su estadía en El Paso, Texas, donde por unos cuantos dólares se podían observar las batallas en Ciudad Juárez, las campañas de Pancho Villa, desde lo alto de los hoteles. Fue allí donde decidió buscar

al revolucionario, montar a su lado, y escribir la historia de su vida.

Asqueado por la miasma del vagón, el soldado guardó la carta en su chamarra, salió a contemplar la noche y encendió un tabaco al lado de Hank.

—Hace frío —dijo el soldado, y ofreció un cigarro al extranjero, quien lo recibió menesteroso—. ¿Qué haces aquí? México ya no es tierra para vivir —inquirió el militar.

—Soy escritor. He venido hasta Durango en busca de Pancho Villa; quiero escribir acerca de él y de todo lo que sucede aquí.

—Pensé que eras un espía yanqui. Veracruz está plagado de soldados de los tuyos. Una vez más, han venido a invadirnos, a robarnos.

El gringo no dijo nada, no se dignó a mirar al soldado, solo llevó el cigarro a sus labios, echó una profunda fumada y el viento devoró el aroma.

—Me dirijo allá —y extendió el documento que tantas veces había repasado—. Me han ordenado el traslado para apoyar a las tropas sitiadas. Debí viajar con mi división hace dos días, pero mi hijo, mi único hijo había muerto entonces, y me concedieron este tiempo para efectuar los funerales. Ahora voy a la

guerra. Qué importa si muero, al fin me encontraré con mi pequeño, en el cielo.

Hank solo se volvió a mirarlo. No hubo palabras. Su rostro se mostraba calmo, resignado, ni una mueca acudía a su faz. Como si fuera un alivio el morir. Allá a lo lejos, un resplandor brillaba entre las copas de los árboles.

—¿Ya has escrito acerca de eso? —preguntó el soldado, señalando en dirección de las luces—. Es obra de Pancho Villa.

Cinco cuerpos colgaban de los árboles; tres de ellos envueltos en llamas. El olor era nauseabundo, había que cubrirse boca y nariz para no vomitar.

Los dos hombres se contemplaron; se habían hecho uno con las tinieblas de la noche. De pronto, sucedió una explosión acompañada de un gran destello y el tren comenzó a disminuir su velocidad.

El ruido despertó a todos y el cansancio general desapareció; ya no se escuchaban ronquidos ni toses. Entonces sucedió un segundo estruendo distante, seguido de un temblor que hizo saltar a los pasajeros de sus asientos. Hubo un rumor general, desconcertante. Los ojos estaban bien abiertos.

Una gran hoguera se erguía delante del tren que ya se detenía. Los hombres prepararon los rifles y las pistolas; todos estaban armados. Las mujeres se agacharon, cubriendo a sus hijos con sus rebozos. El soldado respiró profundo y alistó su arma. El escritor apretaba el cigarrillo entre sus dientes.

—Allí está a quien buscas —dijo el soldado a Hank.

Echó una mirada afuera y descubrió al hombre más temido de México. Allí, frente a la locomotora, con gesto rabioso, rostro sucio y empapado de sudor, se hallaba Pancho Villa. Su división había hecho explotar las vías del tren para saquearlo y asesinar a todos sus enemigos que en él viajaran.

Era inútil pelear. La muerte era la única salida.

«He visto el rostro de un demonio», escribió el extranjero.





## TIME

**R**UIDO. ZAPATILLAS GOLPEAN EL SUELO. Polvo suspendido en el aire. El rugido de los autos, perros heridos, la gente gime en las calles, grita su dolor y su aferra por la vida; el temor por la muerte. El hombre es una sombra que dobla su rodilla delante de otra sombra, de otro hombre. Hombres y mujeres, robots apresurados para servir a los demás. Trabajo, máquinas que manejan máquinas. No hay tiempo para el sueño, solo para el reposo del cuerpo, aún dolorido por la jornada anterior.

Día nublado, día frío. Ni un rayo de sol atraviesa las negras nubes.

Un vagabundo arriba, hasta la esquina de una calle concurrida, se pierde entre la multitud que espera el cambio de luces del semáforo para cruzar. Nadie repara en él; todos se encuentran ocupados, intentan ganarle el paso a un auto. Tiembla el cielo oscuro; sucede la lluvia. Grandes gotas caen sobre la multitud, que de inmediato se repliega a las paredes; otras personas, bajo la sombra de un puesto de periódicos; algunas más cubren sus cabezas con lo que pueden. El vagabundo permanece bajo la lluvia, observa a la multitud. Muchos de ellos tienen el calzado empapado; él es uno de ellos, su ropa también está empapada; pronto, el agua ha inundado su larga cabellera y escurre por su rostro, pequeños riachuelos que arrastran la suciedad que le ha dejado la ciudad.

Observa. Más que observar, contempla.

Allá, bajo la sombra de una tienda de calzado, una pareja de novios discute una situación risible que al varón lo ha conducido a experimentar celos. Solo en las almas miserables pueden acaecer sentimientos tan bajos. La lluvia sobre el rostro de la jovencita se confunde con su llanto. Su pareja la sostiene con fuerza por el brazo; su mirada no es de amor, sino de odio. El vagabundo los contempla, y rememora su

primer ósculo, de su ya lejana juventud. Cada día lo recuerda al mirar a las parejas ridículas que se besan, conscientes de que aquello que sienten no significa nada, pues los seres que tiene a su lado no son sino adornos, espectáculo de vanidad. Él guarda el beso primigenio en la extensión de su piel. Los autos no se detienen. La lluvia continúa.

Del otro lado de la calle, una mujer lo mira, no con desprecio, ni admiración, sino como se ve un punto en ninguna parte, algo desconocido, solo para identificarlo. Él sabe que ella es una prostituta; su mirada abismada la revela, su piel narra su historia, sus carnes están mancilladas. Él ha visto los ojos de cientos de mujeres, ha visto sus almas y sus historias. Basta una mirada para contemplar los abismos interiores.

Aquella mujer se había iniciado en el sexo a los 11 años. Fue raptada a orillas de una carretera mientras jugaba en las afueras del negocio de sus padres. Aquel hombre la tomó entre sus brazos cubriendo su boca para impedir que gritara, y la llevó hasta su transporte para violarla. Se alejó con ella, y la mantuvo cautiva en el tráiler durante dos semanas. La pequeña se volvió parte de la estadística de

desaparecidos. Un día, el vehículo fue asaltado por unos pistoleros; asesinaron al chofer, robaron el cargamento y se llevaron consigo a la pequeña. Los ladrones, quienes pertenecían a una banda criminal dedicada a la extorsión de industriales, cobro de piso y protección, robos, narcotráfico, secuestro y prostitución, introdujeron a la niña a ese pervertido mundo. Creció a punta de golpes, rodeada de drogas. Alojada en lúgubres casas, muy lejos de su familia, tenía la idea de que Dios la salvaría, pensaba que enviaría a un ángel para llevarla hasta él, pero sus sueños y esperanzas se extraviaban en la oscuridad de su claustro. No tardó mucho tiempo para que olvidara esa idea. El dolor se convirtió en su vida, y no la concebía sino como un calvario. Los hombres que abusaban de sus carnes lloraban sobre ellas; algunas veces, mientras explotaban en un orgasmo, gritaban el nombre de una mujer, quizá la esposa, quizá alguna novia o alguien ya fallecida. Aquellos sujetos no eran sino seres aberrados; sus cuerpos desnudos mostraban las cicatrices de la vida. Recordaba a uno en particular que con cada nuevo encuentro le mostraba una cicatriz reciente. Cada una de ellas tenía su historia, la cual le relataba; mu-

chas de ellas habían sido infringidas por su madre, ya hacía mucho tiempo, en su infancia.

La prostituta comprendió que la vida era dolor, y que cada acción y cada experiencia, sentimental o corporal, eran una forma de dolor; el nacer y el morir le parecían las más grandes expresiones de ello. Muchas veces quedó en cinta, sin saber nunca quién era el padre; el aborto era el único recurso, pues ella detestaba siempre aquello que crecía en sus entrañas; le parecía un producto infame, resultado del dolor y la bestialidad. Y, aunque ella no deseara ese fin para el feto, era una obligación en aquel papel que desempeñaba en la vida. Así como muchas veces era necesario impedir su periodo menstrual para ganar dinero, también lo era eliminar una nueva vida que nadie deseaba y a nadie le importaba. Todo se reducía al dinero. Cuando abortaba, ella reía a gritos, al tener frente a ella aquel desgraciado producto hecho pedazos. Y pensaba para sí misma: «Mejor muerto que una vida llena de dolor. Jamás sabrá cuán agraciado es este ser que nunca conocí y nunca amé».

El hombre que la acompañaba, su compañero y regente, era un ser siempre molesto; no sonreía sino con amargura y furor. No había luz en sus ojos, no

había palabras dulces en su boca, sino solo cigarrillos. Él la esperaba en aquel lugar clandestino, la clínica de abortos, donde pasaba el tiempo con tabaco entre sus labios, leyendo pornografía, pensando en todo el dinero que perdería al estar en ese sitio: el alto costo de la vida.

Aquella mujer, que había cambiado su nombre por varios cientos, pasó de prostíbulo en prostíbulo hasta el punto en que se encontró con la imagen del vagabundo. Esperaba cruzar la calle para continuar su camino a casa. Estaba muy agotada.

Cuando el vagabundo bajó la cabeza, se encontró con una anciana sin piernas que pedía ayuda para ser retirada del agua; sus ojos estaban enfermos de nube. El sonido perfecto de la lluvia ahogaba su cansada voz. La vieja había dado todo por sus hijos cuando el marido abandonó a su familia para irse con una prostituta que frecuentaba en uno de los muchos lupanares a los cuales era asiduo. La mujerzuela era una persona enferma, desquiciada, repugnada de la vida, un ser caprichoso, mediocre e imbécil. No amaba a los hombres sino su dinero, pues ¿qué más hay en ellos que valga siquiera algo? Y aquel masculino, apenas un primate erguido, vuelto loco

por aquella joven mujer que lo colmaba de placer, derrochó todo el patrimonio en ella y, al no tener más, la ramera lo asesinó disparándole a la cabeza por negarse a comprarle un sombrero nuevo. La anciana, que entonces tenía 30 años, acudió a reconocer el cadáver de su marido, el cual fue hallado a orillas de la carretera, y que sirvió de alimento a una jauría de perros hambrientos.

La mujer se dedicó a sus dos vástagos, trabajó horas extra, consiguió tres empleos, lo cual provocó la ruina de su salud; pero el dolor de la artritis, las varices desarrolladas y sus ojos enfermos, fueron un precio muy bajo a cambio de la satisfacción de dar a sus hijos lo que ella jamás tuvo: educación académica. Pagó el precio de su orgullo, de su victoria. Sus hijos llegaron a ser personajes exitosos, uno de ellos se convirtió en un gran ingeniero, y el otro, en un político pujante. Cuando por fin dejaron la casa materna lo hicieron para no volver jamás; se olvidaron de su madre, que ya agonizaba en vida. La nube de sus ojos fue progresiva y, sin recursos ni seguro médico, sin poder trabajar, la anciana perdió la vista. Bajo la penumbra y humedad de un techo vil, transcurrió su enfermedad. Vivió en una



vecindad, rentaba un sucio y diminuto cuarto. Tan solo había lugar para un camastro y una pobre estufa de dos parrillas, que muchas veces le era inútil, pues hacía tiempo que no guisaba a causa de su ceguera, y caminaba con las manos extendidas hasta encontrar cualquier cosa que le sirviera como guía, pero, al no hallarla, tropezaba y caía. Esto le provocaba hematomas y ligeras fracturas que se podrían curar con simples ungüentos y analgésicos, con los cuales no contaba. Los días que transcurría sin comer es mejor no describirlos; el dolor y el cansancio de su cuerpo la obligaban a reposar, ahogaba los lamentos de su sufrimiento en plegarias a un Dios que se negaba a auxiliarla. Soñaba la vida ejemplar de sus hijos, lejos de su origen primigenio, y eso la satisfacía y menguaba su dolor, haciéndola caer en un sopor melancólico hasta quedar dormida.

Despertaba aún con la idea de aquel su sueño maravilloso, y, de no ser por la nube en sus ojos, habría muerto de ver el mundo donde habitaba. Cuando los dolores menguaban, se levantaba e iba a laborar. Se dedicó a vender dulces en los cruceros de las carreteras. Se desplazaba muy lento por las calles, como si sobre ella hubiera una enorme carga que le

hiriera la espalda. Daba pena mirarla atravesar las avenidas como un mártir en dirección al Gólgota.

Un día, cuando marchaba a su crucero, escuchó al voceador referir las noticias del día: «Hasta en las mejores familias: hermanos corruptos pagan el precio». La anciana presintió algo, y habíase puesto a temblar; para tener la noticia exacta de lo acontecido, se acercó hasta aquel hombre que daba gritos, y preguntó por aquellos hermanos. El uno, ingeniero —le dijo—, fue arrestado por fraude y enriquecimiento ilícito, al no poder comprobar treinta millones de pesos; capturado en el extranjero, fue extraditado a su patria, donde será sentenciado a varios años en prisión. Su hermano, un diputado de derecha, fue asesinado junto con su esposa por un grupo de hombres armados a plena luz del día en una avenida muy transitada. Un narcomensaje fue hallado en sus cadáveres, y advertía que ese acto solo era el inicio de la venganza. Se trataba de un cártel del narcotráfico, qué importaba, era un político corrupto.

Sus nombres: Roberto y Arturo Peralta. Eran sus hijos.

Un día, la anciana salió de su casa, diríase una moribunda al caminar tan sola y desvalida. Se dirigió

a su crucero, y, justo al atravesar, cayó desmayada. Despertó horas más tarde, con las piernas mutiladas. Había sido llevada al hospital, herida de gravedad en sus extremidades inferiores, a causa de un autobús que había triturado sus piernas cuando ella se desmayó. No hubo nada que hacer sino amputar los restos. Los médicos descubrieron en la anciana un cuadro avanzado de anemia, fatal a esa edad; esa había sido la causa de su vahído.

Cuando le preguntaron quién podría hacerse cargo de ella, respondió: «No tengo a nadie en el mundo, hubiera sido mejor dejarme morir». No volvió a vender dulces. Se dedicó a la indigencia en las aceras de la ciudad. Parecía un cadáver extraviado en alguna parte, abandonado y olvidado, semejante a un perro muerto que yace putrefacto a la orilla de una carretera. Sucia y esquelética, aquel despojo estiraba la mano y alzaba su voz cuanto podía para que alguien la retirara de la lluvia. Nadie la escuchaba, estaba sola.

El vagabundo miró hacia el frente, y trazó una ruta para sortear a la multitud. Entre ese concurso de personas hacinadas, observó a una mujer de unos cuarenta años; era su esposa, que vestía un abrigo

que se antojaba cálido. Con una mano sostenía un paraguas, y con la otra abrazaba a una jovencita que debía ser su hija. Él pensó que se trataba de la hija de otro hombre. Cuando él la abandonó, la dejó sola, sin hijos, por única compañía un perro San Bernardo y un patrimonio monetario de treinta mil pesos, unos cuantos inmuebles y la casa valuada en 932 mil pesos, donde él vivió alguna vez con ella.

Él había sido un médico exitoso, cosechador de victorias. Tenía una buena vida, una mujer hermosa y un cachorro San Bernardo. Todo cambió cuando un par de testigos de Jehová llamaron a su puerta, hablaron con él y le obsequiaron una biblia, la cual leyó con avidez. Quedó fascinado con el Antiguo Testamento y sus guerras, sus reyes, sus héroes, la muerte, el sexo; todo en él le pareció mirajes plenos de arte, se diría posado en las cimas, como las águilas que se extraviaban en las alturas y en su soledad; Dios se mostró ante él como un excelente criminal. Cuando leyó el Nuevo Testamento, lo cautivó la figura del Cristo, su trágica muerte impelida por él mismo; era un magnífico ególatra, un excelente mártir, y encontró en él al hombre verdadero, a la vida misma; el resto, esas historias y sus hombres,

pastores y pescadores, le parecieron vidas vulgares carentes de toda estética. No había en ellas un atisbo de heroísmo. El vagabundo, después de leer la Biblia, se convenció de que el verdadero hombre, el hombre libre, debe alejarse de todo: del mundo, del amor de una mujer, de la familia. Así que, un día, salió de su casa para nunca más volver. Todo lo que llevó consigo fueron diez mil pesos y una Biblia de bolsillo.

Vivió de motel en motel. Comía poco y leía la mayor parte del tiempo. Viajó por muchas ciudades hasta posarse en Europa. Aprendió varias lenguas, se complació en su literatura y sus artes. Por fin, en Italia, adquirió una Biblia cuya edición era finísima, muy cuidada, la cual le costó todo el dinero que tenía. Para volver a su patria, inmoló su tiempo y su fuerza trabajando en los viñedos italianos, pescando en los mares portugueses, en la carga y descarga de los barcos mercantes que lo llevaron por todo el mundo.

No hablaba sino de lo visto a través de sus ojos, es decir, la vida de un hombre libre. Aburrido antes con su vida en sociedad, en función de ella, ya nada le sorprendía: parecía que el mundo se había vuelto diminuto y todo se reducía al trabajo y la familia. En su desnudez, la sed y el hambre asesinas, se sintió

vulnerable, padeció el horror del sufrimiento pronto a la muerte; cuando caía al mar en las noches de tormenta, y las ingentes olas golpeaban su carne hasta herirlo, y la espuma se tornaba tinta en sangre, observaba el cielo, oscuro como el abismo, por debajo de las aguas asesinas, y luchaba por levantarse; aprendió que el miedo es el principio de la muerte, y el miedo no desapareció, sino que lo fortaleció. Sus furores se engrandecieron, haciéndolo sordo a la derrota y a la muerte.

En los días de primavera, viajaba hasta las playas más remotas, y allí, sobre la arena, con el agua empapando sus pies, se acostaba y leía; no cargaba nada con él, excepto la Biblia. Los demás libros, una vez concluidos, los abandonaba en las calles, bajo los puentes, en los cafés, en las bibliotecas. Pronto, se volvió un erudito, y hablaba de su sapiencia en las calles, en el transporte público, en las plazas de las ciudades, incluso en los pasillos de las universidades. Era un gran orador. Su elocuencia era tal que algunos le ofrecían su dinero a cambio de su palabra: «Es la palabra de un Hombre», decían.

A pesar del dinero obtenido, pronto se convirtió en un vagabundo, un vago que impelía a la gente a

olvidar su vida actual y vivir el ahora, vivir para sí mismos, no servir a nadie: ser único, ser hombre, ser libre.

Siempre terminaba sus discursos citando a Mateo 6:34: «Así que no os afanéis por el mañana, que el mañana traerá su afán. Bástele al día su propio mal».

Las multitudes le agotaban, no soportaba su compañía sino para predicar el mensaje que había descubierto; mensaje de soledad, paz y libertad. No pretendía debatir, como en las academias se tiene por costumbre, sino compartir sus ideas; no le interesaba en lo mínimo contrariar ni ser contrariado, pero detestaba la argumentación necia, falsa y erudita de algunos doctos y escolares universitarios. De aquellos lugares, no había aprendido sino la imbecilidad y las posturas sociales. No había visto rostros más hipócritas en su vida, ni siquiera los seres más ruines poseían esa mirada acusadora y devoradora de aquellos académicos de la literatura, que mata el arte y lo hace una ruina a cambio de la opulencia.

Había aprendido de Gabriel Zaid que la lectura no sirve para nada, sino como placer. Y aquellos estudiosos de las letras no habían sino pervertido el

arte, destituyéndolo de todo placer, hecho el fango de su imbecilidad y necesidad.

Viajó de vuelta a su país en un barco mercante. La soledad fue su única compañía, no necesitaba de nadie más; el humano lo repugnaba, porque sabía que todo hombre es ingrato y miserable por naturaleza; todo lo pervierte, todo lo aniquila.

El semáforo cambió, los autos se detuvieron y todos cruzaron. El vagabundo se encontró cara a cara con su esposa; ella hizo una mueca de repugnancia, y él apenas la miró, su imagen no fue más que un recuerdo, un punto en ninguna parte. Él caminaba muy lento, observaba la prisa de la multitud que piensa en el mañana, en un futuro que nunca llegará. Él quería empaparse, disfrutar de todo, no le importaba nada más. Él amaba su vida a causa de su obra; una obra toda de libertad.





## EL CONTADOR DE ESTRELLAS

**M**E GUSTA CONTAR LAS ESTRELLAS. Cada año me aproximo a la suma total. Mis colegas dicen que hay alrededor de 30.000.000.000.000.000.000.000 de ellas, pero no me convencen, así que llevo a cabo esta infinita tarea para comprobar si la cifra es real. Aunque cuento con potentes telescopios terrestres y espaciales, los cuales empleo, prefiero tumbarme sobre el césped y señalar con mi dedo índice a cada una, y a veces renombrarlas con antiguos amores —que no son muchos—, llamarlas como las mascotas que me aguardan, quién sabe, en alguno de aquellos cuerpos celestes, y sus destellos son saludos distantes.

Soy físico espacial y me dedico a mapear el espacio, es decir, hago representaciones cartográficas de estrellas, galaxias, superficies de planetas y lunas, los cuales sirven para localizar objetos astronómicos y conocer sus propiedades, como su edad, composición física, a qué distancia se encuentran de la Tierra, y mucho más.

Algunos de mis compañeros expertos en informática llevan a cabo esta labor por medio de simulaciones por computadora basados en modelos teóricos; por el contrario, yo hago observaciones reales, verifico coordenadas similares a la longitud y latitud de los mapas geográficos. En pocas palabras, soy un explorador espacial, sin ser astronauta.

Descubrí muy temprano mi pasión por el cielo y sus estrellas. No recuerdo mi edad, sino solo la noche y sus cuerpos gaseosos. Me veo en mis distantes recuerdos tumbado sobre el césped, de cara a la noche, de cara al cielo, mientras observo aquellos milenarios destellos.

Desde entonces, amo la noche, porque puedo ver las estrellas sin necesidad de dispositivos tecnológicos, de potentes telescopios para ver a grandes distancias y hallar aquellos cuerpos celestes que se ocultan en la oscuridad, en la luz o detrás de otros

astros. Justo es eso. La observación del espacio y su mapeo es un juego: el juego de las escondidas.

Pero hay algo más. Por supuesto, amo lo que hago, pero desde hace una década llevo a cabo mi labor con otro objetivo: intento hallar vida en alguno de esos planetas. Es como buscar un tesoro pirata.

Hace diez años falleció mi compañera de vida. Una gatita carey de poco más de dos años a quien llamé Baby. Nos encontramos una noche. Alguien a bordo de una camioneta que circulaba por la avenida que yo recorría a pie la arrojó desde la cabina; al caer, comenzó a llorar, desesperada. La tomé de inmediato y la abracé; la pequeña felina se acurrucó en mis brazos y calló.

Solo dos años vivimos juntos. Por las noches ambos subíamos a la azotea y nos tumbábamos a mirar las estrellas. Yo descansaba sobre un pequeño tapete y ella sobre mi pecho. Muchas veces quedábamos dormidos ahí mismo. Dos meses antes de fallecer, comenzó a presentar diversos síntomas que los médicos no pudieron identificar de forma adecuada, y tuve que tomar la decisión más difícil de mi vida. Aún me duele tanto que no puedo referirlo, pero saben qué sucedió.

Hasta ahora, no hay día que no llore y la extrañe. Sus restos descansan en mi jardín, donde ahora habitan tres girasoles, sus flores favoritas. En vida, le gustaba acercarse a estas plantas; se echaba bajo ellas y miraba al cielo. Muchas veces, yo acudía a su lado e intentaba identificar qué era lo que observaba; sin embargo, solo advertía el azul del cielo. Pienso que Baby, igual que las flores, admiraba el Sol, o soñaba con algo más allá. Desde entonces, pensé que mi compañera era una estrella caída que esperaba volver a su origen.

El último día juntos, cuando su fuerza había mermado y no podía caminar sola, la llevé hasta sus girasoles, los olfateó, se frotó en ellos, y dio un vistazo por última vez al cielo. Yo no dejé de besarla. Luego sucedió la tragedia.

Aquella noche trágica soñé con ella. Era un sitio hermoso, un ingente jardín sin fin que flotaba sobre cristalinas aguas con hermosas criaturas como ningún lugar hay en la Tierra. Baby me llamaba desde el interior de una jaula. Entonces me acerqué y la abrí. De inmediato, saltó afuera y corrió por los arroyos sin hundirse, bebía de los mismos y parecía absorber luz. Cada vez se alejaba más rumbo al horizonte y yo la miraba a punto de las lágrimas.

Baby corría, saltaba, olfateaba las flores y parecía sonreír; su rostro era feliz, tan feliz que era irreconocible. Cuando la vi tan distante, la llamé, pero no obedeció, solo se volvió hacia mí, maulló y siguió caminando rumbo al horizonte, donde se observaban varias figuras con morfología animal. Por alguna extraña razón, yo no podía caminar por aquel espacio. Fue entonces que desperté, empapado de lágrimas.

A partir de ese momento miro las estrellas en busca de una señal, y pienso que aquel lugar es algún punto material en el universo, no en mi mente; no es una sustancia onírica, aunque el sueño es el vehículo para trasladarse hasta allí. Mi motivación es hallar dicho espacio. Sé que esto parece un disparate, pues carece de evidencia científica, pero muchos de los grandes descubrimientos partieron de la ilusión, de un sueño, de una señal, de algo fortuito, del deseo, de una lágrima.

Quizás el sitio que busco no está en las estrellas, pero yo continuaré mi búsqueda desde este, mi lugar.

Me gusta observar las estrellas porque de ellas venimos; allí afuera se encuentra nuestro auténtico linaje. Quién sabe si no al morir viajamos sin equi-

paje ni cohetes hasta uno de aquellos planetas, un mundo personal. De eso se trata la ciencia; de soñar y comprobar si esos sueños son realidad

Para ser científico, para hacer ciencia, un requisito indispensable es ser creativo, ser un soñador. La ambición por el conocimiento tiene esa sustancia. La verdad emerge desde el interior e ilumina, da luz, revela.

## GUERRA BAJO LA NOCHE

**V**ENÍA A PIE, BRIDA EN MANO, ACOMPAÑADO de su camello, ambos agotados de la vida tras cruentas batallas disputadas. Marchaban bajo la noche, profunda y silente, devoradora de voces. Por única luz levantaba una lumbrera que iluminaba la tierra que manaba breves destellos como si revelara el camino para hallar la sustancia de un recurrente sueño: un brillo singular en el desierto que ha buscado durante largo tiempo.

De pronto, un destello asoma delante: una extraña ampolla de cristal semienterrada descansa bajo una seca palma. El errante clava la antorcha sobre la arena, arranca el objeto de aquella prisión, lo acerca



a la luz que de pronto arde más y observa: «antiguo Jerez 1427».

—He de morir aquí —dice el hombre.

Entonces, libera al camello y contempla su andar hasta perderse en la oscuridad. Y piensa: «El desierto se alimenta de memoria y olvido».

## LATER

**L**AS HISTORIAS SIEMPRE DEBEN COMENZAR de alguna manera, de cualquiera, es imperativo relatarlas, pronunciar cada palabra; de lo contrario, se corrompen, se atascan en el alma y derivan en cáncer, lupus, en fin, todas esas enfermedades de las cuales se desconoce su origen. Hay tantas historias similares, cuasi idénticas; la vida es común, vulgar, inútil.

Recuerdo cuando viajaba en el autobús y todos los asientos estaban ocupados. Al fondo, al lado de la puerta de descenso, se hallaban un hombre de entre 30 a 40 años que cargaba sobre su hombro izquierdo una pequeña maleta. Durante el trayecto, tuvo que

recorrerse para dar espacio a otros usuarios, y fue a parar delante de una mujer que viajaba sentada en el asiento del lado del pasillo. No pasó mucho tiempo cuando ella alzó la voz, y esto fue lo que pude escuchar:

Ella (en un tono retador): ¿Te quieres sentar?

Él (confundido): No.

Ella: ¡Entonces no te me acerques!

Momentos después, la mujer llamó a uno de sus hijos que se hallaba un par de asientos adelante y este se sentó en sus piernas. El hombre permaneció delante de ella, pero al final la mujer tuvo que bajar. Entonces, llamó a dos más de sus hijos, tres en total, y, con la misma voz, pidió al hombre que se apartara de delante de ella, le dio un golpe débil con el hombro y abandonó el camión.

Los vi cruzar la calle a los cuatro. «Tiene tres hijos», pensé, «y no le agrada que los hombres se le acerquen». ¿Qué será de ellos?, ¿harán un cambio o morirán como la mayoría, sin saber siquiera que existieron? He ahí la importancia de las historias, del porqué hombres y mujeres no paran de hablar, del éxito de las redes sociales; quieren ser escuchados, pues el que alguien los atienda supone un registro,

un documento que podría replicarse de voz en voz hasta que tal acto o sucesión de actos, es decir, la vida, se constituya como un paradigma que dé elementos para la comprensión de dicha sociedad y su cultura.

He escuchado miles de esas historias, diversas verdades que dimanen de un mismo hecho: ¿qué es lo que en realidad sucedió?, ¿quién miente y por qué? Creo que la respuesta es esa, pretender ser héroes a través de la realización de hechos banales y rutinarios. Las redes sociales están atiborradas de publicaciones de imágenes de comida en diversos restaurantes; así, quienes publican tal contenido pretenden distinguirse del resto, sin saber que hay muchas personas que asisten en ese justo momento al mismo restaurante y ordenan, a saber cuántas veces, los platillos que se han de presumir hasta el hartazgo. Entonces, quienes hayan visto las fotografías y etiquetas en la red social en comentario, y esto solo por evidenciar un ejemplo, porque bien podría ser cualquiera, acudirán a dicho sitio a disfrutar de esos platillos y harán lo mismo: lo presumirán, y de esta forma el hecho se repetirá hasta el fastidio, se corromperá, aquella comida provocará náuseas,

asco, y lo que inició como exclusivo concluirá en el olvido, como si jamás hubiera existido, a pesar de la evidencia.

¿Qué habría que hacer para ser único, irrepetible?, ¿cómo evitar la tumba, donde al final yacerán todos, sabios y necios?

Un fin de semana, domingo, para precisar, desperté y me dije que no me levantaría de la cama sino para preparar café, coger algunos panes y llevar todo de vuelta a la recámara. Hacía tiempo que compraba películas, pero hasta entonces estaban intactas, envueltas en celofán, aún con el ticket de compra; era hora de disfrutarlas, no podían permanecer más ahí. Así que, con las viandas que he enunciado, me volví a mi aposento, me cubrí con las sábanas hasta el cuello; oh, bendito día, hermosa jornada cubierta de negras nubes, cielo oscuro, estación autumnal.

Eran tantos filmes, pero me decidí enseguida por 9 *songs*. No me gustó. Presentaba la vida como una fiesta carnal: dos jóvenes que asisten a conciertos, hacen el amor, se drogan y se relajan juntos. Cada canción era una escena, el mismo acto, diferentes palabras e imágenes, juegos sexuales que concluían en la cópula; no había más profundidad de los perso-

najes, ni de nada. ¿A quién le interesa la vida sexual de otro? Estoy segura de que algunos médicos se masturban al recordar los padecimientos sexuales de las personas, como la flacidez de un pene que intenta penetrar una vagina empapada, lista para recibir, incluso, diez falos al mismo tiempo; el médico, ya sea psicólogo, urólogo o lo que sea, mientras repasa la imagen de sus enfermos y sus palabras, toma su sexo y lo agita, simula un coito con lo que sea, no solo con su mano, y ríe, ríe hasta eyacular; la impotencia del desgraciado lo pone al cien.

En la película no había más que diversión, oh, qué bella la vida si en verdad fuera así, carente de tragedias, sin problemas que solucionar. Oh, hacer el amor todo el tiempo. ¿El placer aburrirá?, ¿se podría llamar vida a la existencia para el placer? Ya no habría más historias, a quién le importaría el otro si todo el tiempo se gozaría. Quiero vivir allí, donde suceda aquello, donde el sonido sean palabras bellas, música lenta, suave, el impacto de los besos sobre la carne, los sonidos del sexo, y olvidar todo: las alarmas, los autos, las voces humanas, el ruido del trabajo, del dinero, las charlas imbéciles, las historias ridículas, la pronunciación de los nombres, volver a nacer.

Los días suceden sin dejar huella; quizás puedan enunciarlos aquellas personas que han padecido alguna catástrofe, la muerte o la vida, da igual, aunque muchas veces más vale morir, y en todo caso preferirían olvidar. Lo que llamamos días no son sino palabras en determinado contexto, eso es el lenguaje, pues ¿qué significan en realidad las grafías de forma aislada?, ¿qué es un lunes sin sustantivarlo?, ¿tuvo un origen natural anterior al hombre?

Detesto los filmes de superhéroes, sus malos chistes, su moral imbécil, las poses ridículas de sus personajes, en fin. Por ello son tan populares; representan a las masas, su sentir, su humor, cuasi un espejo, y los más presuntuosos claro que se ven como ellos: exitosos, apuestos, fuertes, algunos incluso se creen lo de ser ricos, o al menos pudientes. Quizás si nunca hubiera visto una película de tales tontos no las odiaría. Hay cientos de filmes, joyas cinematográficas por ver, y la gente se vuelve loca por estas vulgaridades.

Aquel día también vi *Rashomon*, de Akira Kurosawa. La verdad, ¿qué es la verdad?, ¿y por qué miente el hombre? No creo que la gente se preocupe por la verdad, por hallarla. En redes sociales son pu-

blicadas cientos de mentiras, desde los diarios hasta los estados de los usuarios, palabras adjudicadas a tal o cual escritor, pensador, y la gente lo cree, lo comparte, extiende la mentira, porque esta los vitaliza; la mentira es bella, los artistas la utilizan para revelar la verdad; el poder la emplea para controlar a la gente.

La intuición es una herramienta para encontrar la verdad; esta habilidad parece ser más puntual en las mujeres porque ellas especifican: «intuición femenina», y vaya que lo femenino no solo es propio de las mujeres. Cuando viajaba en el transporte público escuché una de esas historias que a miles les ha sucedido, un relato acerca de la infidelidad. Un par de jovencitas iban delante de mí, a veces alzaban la voz, y agitaban los brazos; entonces, escuché su conversación, dejé de pensar en mis problemas y atendí. Una de ellas hablaba acerca de su novio, lo llamaba por su nombre, no lo recuerdo, debió ser tan común que no valía la pena guardarlo en la memoria. En realidad, no me acuerdo de mucho, solo que esta chica, de alrededor de 14 años, sospechaba que su novio le era infiel; cuando dijo esto pensé que habría llegado a tal conclusión por un extraño sabor en los labios de su pareja, el extrañamiento de su mirada



en el horizonte lejano, incluso el sabor de otra vagina en el pene del masculino. No. Dijo que de súbito ella se sintió traicionada, desvalorada, una como asfixia, y fue así como supo que justo en ese momento su novio se hallaba con otra.

A partir de ese momento, tales experiencias sensitivas sucedieron a menudo. En la escuela lo notaba distante (estoy segura de que esa expresión la aprendió de alguna serie o telenovela; incluso he concluido que las historias se repiten porque a través de los medios se manipula a la gente para que se comporte de tal manera, justo como un vulgar guion, lo cual resulta en la repetición de hechos, pensamientos y discursos propios de un melodrama barato y ridículo), vigilaba su alrededor e intentaba disimular su actitud, la manera y postura que revelan una alteración, por lo tanto, algo anormal, pero no para esta chica, pues asegura que algo más le dijo que su relación iba mal.

Su amiga ponía mucha atención, a veces intervenía, pero no aportaba nada sustancial al hecho, solo palabras soeces e indignación. Ambas estaban tan absortas que ninguna de ellas apartaba la mirada del rostro contrario. El resto de los pasajeros no parecía

prestar atención, su lenguaje corporal así lo evidenciaba; no obstante, puede que alguien más escuchara; de lo contrario, yo sería la única entrometida.

Mi recorrido en el transporte en promedio es de treinta minutos, y al menos escuché el relato durante veinte, pero recuerdo muy poco, casi nada. Sin embargo, me acuerdo de la estrategia que la chica implementó para descubrir a su novio. Ella dijo que gracias a su intuición pudo saber quién era la «perra» ladrona de novios. Un día, durante un descanso entre clases, una chica de la cual tampoco recuerdo su nombre, y que al pronunciarlo la amiga explotó en dicterios hacia su persona, transitó al lado de la engañada y fue entonces que supo que era ella, la corruptora. En aquel momento, planeó cómo descubrirlos.

Así, luego de muchas cavilaciones que no puedo rememorar, sino solo la voz doliente de la chica a causa de ese recuerdo que aún la lastimaba, resolvió citar a su novio, encararlo y decirle que algunos de sus amigos y amigas lo habían sorprendido con otra chica, de tal nombre, «así que dime la VERDAD». Él aceptó ser infiel y al instante intentó besarla, abrazarla, pero ella lo retiró de un empujón; él imploró

perdón, incluso hincó ambas rodillas en tierra y suplicó. Para entonces la voz de la chica estaba a punto del llanto, era un sollozo. La jovencita rechazó las manos masculinas extendidas hacia ella, y por fin reveló su trampa: sus amigos no habían visto nada, ella inventó todo, de alguna manera sabía que ellos dos la engañaban, y resultó cierto. Mencionó el punto exacto donde se hallaban y cómo sucedió el beso que los habría delatado; mintió para hallar la verdad, y la mentira misma resultó cierta, justo como si ella presenciara el acto ruin. Esto no es lo asombroso, sino, una vez más, la repetición de actos y lugares; la chica de la intuición quizás vio aquella escena en alguna película, telenovela o serie, al igual que los infieles, por ello duplicaron estos comportamientos. No había intuición, sino *déjà vu*. No supe más, llegué a mi destino y no las volví a ver.

Me dispuse a ver cine porque mi novio me habla cada día acerca de las películas que ve durante la madrugada. Él tiene una manera particular de narrar todo, reescribe el guion, la trama, y los sustituye en gran parte por un sinfín de groserías y leperadas; en una oración de quince palabras, diez son groserías, lo mismo da con un enunciado de cinco palabras, a

veces hasta son veinte entre groserías y modismos. Por ejemplo: «Un mai topó a unos vatos que cagaban en un guáter público, de esos donde paren mierda los macuarros, donde la cagada se acumula a la par que las enfermedades; ahí llegó ese cabrón y llenó de plomo a esas gonorreas malparidas». Es más divertido ver cine con él.

La siguiente película que puse en el DVD fue *El Gran Gatsby*. Estoy segura de que hay por ahí muchas otras versiones mucho mejores. La que adquirí es muy mala; actúa Leonardo DiCaprio y el tipo que protagonizó Spiderman en tres filmes, uno que tiene cara de tonto. Qué importa. La cinta es un asco. Había muchos bailes modernos a pesar de presentarlos como charleston y jazz de los años veinte; la música era de ese tipo que escucha la gente ignorante, analfabeta, música de barrios. No conozco a los intérpretes, pero me hartaron. Expulsé el disco cuando DiCaprio daba una fiesta con el tonto de Spiderman.

Volví a la cama, me cubrí con las sábanas y dormí algunos minutos, un breve descanso, lo sé porque mi televisor se apaga luego de sesenta minutos de inactividad; cuando desperté, aún se hallaba encen-

dido. No supe qué otro filme poner en el reproductor. Pensé en mi novio. Tenemos muchos problemas, él está desempleado hace casi seis meses. Estudió Literatura y eso no sirve de nada. Estudió para ser cualquier cosa, pues para estos bichos no hay trabajo sino en supermercados, en Uber, para barrer la calle, en fin, son mil usos; para eso estudió él. Tiene un título para recoger la mierda de la calle, la porquería de todos nosotros. Yo lo mantengo, le pago la renta de un par de cuartos, lo alimento, lo calzo y lo visto; también alimento a su gata.

Ha escrito un par de libros y los ha subido a esas plataformas de autopublicación. No ha vendido nada. Él solo se levanta y bebe café, a veces demasiado. Para poder despertar y generar ideas, se pasa el día en la calle en busca de inspiración, a veces toma una cerveza en algún bar siempre que haya promoción 2x1, no gasta más de cincuenta pesos; no sé qué coma, porque ha bajado de peso. Por la tarde, viene por mí al trabajo y me lleva a casa; me cuenta lo que hizo antes, las películas que vio, la cerveza que tomó, los vasos de café que ingirió.

Detesta la novela erótica, yo lo motivo para que escriba eso, quizás llegue a ser famoso y gane mucho

dinero como algunas autoras en dicho género. Yo leí *50 sombras de Grey* y me gustó; leí la trilogía y me gustó. Le dije a mi chico que yo escribiría y sería famosa. Él me dijo que antes debía leer mucho, buena literatura, que no guardara los libros, sino que los hiciera pedazos. Desde entonces, he leído más y no he escrito casi nada. Creo que eso es bueno.

Hemos envejecido juntos. Mucha gente ha pasado a mi lado y yo apenas he sabido de ellos, no me interesan, ¿cuántas historias habré escuchado, sin querer, en la calle, en el transporte público, mientras esperaba ordenar mi comida en Carl's Jr. y que he olvidado? Me alegro de ello, no habría memoria suficiente en mi cerebro para recordar un mismo hecho que sucede innumerables veces y que tiene por variante el registro vocal de sus personajes. No comprendo por qué la gente se enamora. Sucede muchas veces durante su existencia; dicen: «Me he enamorado una vez más», o «He encontrado el amor de mi vida», y se habla del amor como algo ideal, un sentimiento superior, el bueno de la película, por el cual se desestiman los demás sentimientos. El amor es una bomba; es la pólvora que hace explotar los sentimientos; es un reptil, una suerte de sierpe

venenosa, el diablo en persona, el corruptor del hombre, en una palabra: Dios.

Tal parece que de este sentimiento se originan todas las desgracias, incluidos las náuseas y el vómito; es como dicen en todas partes, de una u otra manera: «El amor mueve al mundo». Es decir, todos son esclavos del amor. Basta echar una mirada a los perfiles de Facebook para comprobar esta miseria; esta experiencia terrible de vida. Cientos, miles de «estados, publicaciones, etiquetas», y un sinfín de tonterías dedicadas a enunciar al amor, mas no a denunciarlo.

El otro día hicimos el amor, siempre cerramos todo y corremos las cortinas, ponemos música en el Xbox y nos acostamos; muy lento, nos tocamos con paciencia, como un par de ancianos que alimentan aves en una laguna, como una nube solitaria en un cielo que la absorbe; lento, muy lento, como la agonía de quien desea la muerte y un respiro le parece eterno, y luego sucede todo, incluso la muerte, el orgasmo es el aliento de la parca, ese instante de placer por dejar de sufrir, por abandonar la vida, esta existencia. Dormimos.

Cuando despertamos, por culpa de la reproducción automática, se reproducía una película imbécil

hasta la náusea. Una huérfana que se enamora del protagonista, un mocoso que nació en Marte y no puede vivir en la Tierra porque su cuerpo es una catástrofe, pero en este cine ridículo, propio de Hollywood, todo es posible y los dos enamorados se conocen y lo demás ya se sabe, siempre lo mismo, todos tienen suerte. No queríamos apartarnos, estábamos cómodos, tranquilos, acariciando nuestros cuerpos, pero no soportamos más aquella cinta, así que mi novio tuvo que levantarse y poner música. Su cama es muy vieja, rechina por todas partes, hay un hueco en el espacio que ocupa su cuerpo al dormir, algunos alambres asoman sin traspasar la tela, pero es nuestra cama; lo vetusto contiene nuestros recuerdos. En las paredes se hallan el sudor de nuestras manos, vestigios de rasguños, poemas inconclusos y cientos de mosquitos muertos, explotados, con la sangre ajena derramada sobre la pared.

Cuando no hacemos el amor, vamos al teatro, ese que pagamos con impuestos y que en los programas se anuncia como «entrada libre». Las obras son buenas, muy buenas, creadas e interpretadas por jóvenes actores. Muchas de ellas son duras, muy duras críticas en contra del gobierno en turno. Me gusta eso, porque



representa un escupitajo. Justo ahora me pregunto qué hará ese tipo de criminal antes de dormir, qué es lo que piensa y siente. El criminal normal, el asesino que transita por la calle, observa a la víctima, la acecha cual predador, entonces la asalta, la hiere y vence; a veces mata. Luego debe planear el siguiente golpe. Es una bestia carroñera, roba a los depauperados, apenas sobrevive con el botín; este criminal es pobre, miserable en todos los sentidos, es un defecto de la sociedad, una malformación horripilante e insignificante.

Contrario a estos miserables, existen los políticos. Entes detestables, todos ellos semejantes, idénticos, al peor de los parásitos, pero con una morfología de gusano intestinal, comemierda; son difíciles de matar. Su miasma se esparce por todo el organismo, lo corrompe y se reproduce hasta multiplicarse en una miríada de repugnantes organismos simples, desnudos de toda complejidad. Infectan el interior del cuerpo, se alimentan de él, del alimento que llega hasta el estómago, absorben los nutrientes, los gusanos engordan lozanos, ponzoñosos; el hospedero enferma, se debilita y algunas veces muere.

En este caso, los gusanos se hallan en lo profundo del entramado social; son los que determinan la

forma de vida del hospedero, y este no tiene injerencia en ninguna decisión: solo vota, cree elegir a su verdugo, pero en realidad avala la incultura, la ignorancia y la imposición mediante el fraude. Y el parásito devora, pero no mata al organismo que lo mantiene.

¿Los políticos tienen sentimientos, son capaces de sentir, de dormir?, ¿acaso no escuchan los lamentos de los sufrientes que claman por su sangre, por su cabeza? Estoy segura de que no duermen, deben cargar todo el tiempo, deben usar pañales desechables.

Detesto las comedias. Y una película acentuó mi desprecio por ellas. La otra vez vi con mi novio un filme argentino llamado *Sin hijos*. La premisa, como todas las comedias románticas, es muy simple, incluso estúpida: la historia gira en torno a un tipo divorciado que vive con su hija de 9 años, para la cual dedica su vida. Esta vida ideal padre/hija es interrumpida por la irrupción de una mujer moderna y liberal, un antiguo amor adolescente del protagonista. El problema es conjuntar todo en una vida común, pero sería fácil si el nuevo amor, la mujer invasora, no odiara a los niños. Así que, como sucede todo el tiempo en estas historias, los

protagonistas arman un gran embrollo; en este caso, padre e hija fingen ser hermanos para que el padre pueda mantener su relación sentimental.

En un primer momento, el personaje de Vicky, el amor adolescente, me gustó, pero en las comedias los finales se advierten luego de quince minutos y ya sabía que la historia sería un desastre. A mí tampoco me agradan los niños ni los llamados hijos propios. Hace tiempo, hace mucho, cuando era apenas una jovencita, pensaba en el futuro, y en él estaban mis hijos, cuerpos sin rostros, pero los sabía míos; eran como un sentimiento, un impulso salvaje, muy antiguo, bestial. Ahora, mil años después, comprendo eso que llamé sentimiento; ahora sé que es una idea, una imposición de este sistema de cosas, una acción propagandística. La celebración de la madre y el padre es el resultado de la producción en masa de consumidores; festejos para que las bestias sonrían, generar un sentido, un significado a la vida, justo eso, repetir la vida, comunicarla, reinventarla y hacer lo mismo hasta que cada generación, por horrorosa que sea la existencia, al final del día diga: «¡Qué bella es la vida!» u «Hoy fue un mal día, pero mañana será otra jornada en la fábrica de sueños»; en pocas

palabras, el pensamiento positivo para desactivar el auténtico sentimiento, el deseo de libertad, de lucha; producen temor, la inhibición de todo, de la existencia verdadera.

Mi novio me dijo que un ser que no puede reproducirse es especial; sin embargo, los demás lo asumen como un marginal. A los hombres estériles se les señala, se les avergüenza. Ellos no son machos, quizás nunca lo serán, en una palabra: no son hombres. Lo mismo sucede con las mujeres, por eso hay tantas clínicas de salud reproductiva. Jesús de Nazaret nunca tuvo hijos, el más grande hombre, el hito del tiempo, jamás se reprodujo; de lo contrario, no habría sido tan grande, sino un hombre común, un esclavo, alguien insertado en un campo social, un hombre de familia dedicado a ella y no a su filosofía. Las granjas humanas son un gran negocio, pues sin humanos no existiría este mundo, y aquí es perfecto citar a Jean Paul Sartre: «El mundo podría existir muy bien sin la literatura, e incluso mejor sin el hombre».

Debí decir esto al principio, pero entonces no pensé que escribiría tanto. Padezco de ansiedad y nerviosismo, por ello el médico que me atiende me dijo que escribiera tanto como pudiera, lo que sea,

un pensamiento, dos, tres...; un diario, el registro día a día de mi vida, si no en su totalidad, porque en verdad no sé cómo redactar un diario, al menos lo que a mí me pareciera más importante, así fuera solo un hecho. Eso fue lo que impulsó esta escritura. No quise registrar los días, ninguna clase de marca temporal, sino solo un discurso que tuviera muchas ideas, que pasara de una a otra, justo como sucede con el pensamiento. Así está escrito este manuscrito; en la noche, en la mañana, al saltar de la cama luego de una pesadilla en la madrugada, rumbo al trabajo, durante la comida, palabras que ya no recuerdo cuándo las escribí ni cuándo sucedieron.

Para llevar a cabo esta empresa, me propuse hacer lo que hasta ahora ha sido este texto: ideas puestas unas sobre otras, es decir, caos. Mi novio me propuso escribir una novela, creo que ya lo he enunciado antes, una de tantas veces en las que me jactaba de publicar un libro antes que él, por supuesto, de corte romántico-erótico.

Me decidí a realizar este ejercicio de escritura luego de acompañar a mi novio a una sesión de un taller literario que impartió en un museo. El público objetivo era adolescente, de entre 13 y 16 años; el

tema de los talleres era el rock, así que él se decidió a realizar un taller de escritura creativa al que llamó: «El *soundtrack* de la vida». Dice que el rock es propio de jovencitos, pues configuró su vida hasta los 18 años a través de música rock. De esta manera, enseñaría ortografía por medio de relatos inspirados en este género de música, y sus alumnos escribirían determinados momentos de sus vidas motivados por una canción, hablarían de sus bandas favoritas y compartirían la música. Al final, fue un buen taller, los chicos se divirtieron, pues tenían una canción para declarar su amor, para saltarse las clases, para ganar un partido de fútbol, para las decepciones amorosas, en fin. Cada chico escribió entre ochenta y cien cuartillas, una novela corta, una autobiografía temprana.

Me pareció un excelente ejercicio escribir mi autobiografía a través de canciones, pero yo no soy una adolescente; he dejado atrás el rock, muy atrás, mi gusto musical se ha refinado. Por supuesto, aún escucho canciones de rock si las programan en la radio, si el vecino las oye, si un comercial las utiliza, entonces las disfruto, no importa si solo son unos cuantos segundos, acaece la nostalgia, un sabor dulce debajo de mi lengua, sabor a mango y café.

La música motiva y activa muchos sentimientos; es una bomba que nunca falla, una de las armas infalibles si eres un terrorista. Por supuesto, entiéndase por música una expresión artística, la expresión sublime de lo bello, por lo cual muchos géneros no aplican para esta definición.

Sí, son muchos los momentos que podría escribir inspirada por canciones de mi juventud, a través de la largura de mi vida, pero hay muchos que he olvidado y otros que no quiero recordar. El objetivo del taller era ese: hacer explotar los sentimientos por medio de la música y la memoria, pero yo no me atrevo a tanto, así que solo me decidí por una canción; a veces una sola canción comprende muchos hechos y sentimientos, porque las canciones tienen un significado preciso, hablan de amor o desamor, pero la música es diferente, es interpretación. A veces, las grandes canciones llegan a ser poesía, y de la misma forma que los poemas, estas llegan de súbito a nuestra vida, nos encuentran o las descubrimos, no importa cómo lo conceptualicemos. Por desgracia, la mayoría de las composiciones han sido creadas por el impulso del amor: la tragedia imbecil.

Antes, mucho tiempo atrás, era una soñadora, infantil. Cuando era niña esperaba a mi príncipe azul, el amor lo era todo; las canciones pop fueron los paradigmas de aquellos ya distantes sueños, de aquello que siempre constituyó el fracaso. Bailaba, me encantaba bailar, brincar, gritar de alegría, emocionada por quién sabe qué. Pero entonces llegó él, mi novio, su vida y la música que escuchaba, y el espejismo terminó. Ahora me pregunto qué habría sido si a mis 10 años hubiera escuchado jazz. A veces creo haber escuchado algunas de esas canciones en mi infancia, pero los recuerdos traicionan; estructuro reminiscencias a partir de las narraciones de mi novio, y me digo: «sí, he vivido esto», pero estoy segura de que jamás ha sucedido.

Ahora ya no recuerdo muchas canciones, pero no puedo olvidar una, que, si bien no es de género pop, sino dance, marcó mi infancia, y resultó ser el germen de la música a la que me acercaría años más tarde. En ese entonces no entendía nada de la letra de la canción, pero a mis 18 años, cuando tenía nociones de la lengua inglesa, supe que era una letra maravillosa:



I'm calling out from Scatland  
I'm calling out from Scatman's world.  
If you wanna break free you better listen to me.  
You got to learn how to see in your fantasy.

I'm calling out from Scatland...

Everybody's talkin' something very shockin' just to  
Keep on blockin' what they're feelin' inside out  
Listen to me brother, you just keep on walkin' 'cause  
You and me and sister ain't got nothing' to hide.

Scatman, fat man, black and white and brown  
man Tell me 'bout the colour of your soul.  
If part of your solution isn't ending the pollution  
Then I don't want to hear your stories told.  
I want to welcome you to Scatman's world  
Everyone's born to complete as the chooses  
But how can someone win if winning means that  
[someone  
loses. I sit and see and wonder what it's like to be in  
[touch.  
No wonder all my brothers and my sisters need a  
[crutch.

LATER

I want to be a human being not a human not a human  
[doing.

I couldn't keep that pace up if I tried.  
The source of my intention really isn't crime  
[prevention.

My intention is prevention of the lie - yeah  
Welcome to the Scatman's world

I'm calling out from Scotland...  
I'm calling out from Scotland...

La canción era de un tartamudo llamado John Paul Larkin, músico de scat que fusionó dicho estilo con el dance. Alcanzó fama mundial en 1995, a sus 52 años; y falleció en 1999, tenía 57 años. En tan poco tiempo vendió millones de discos y memorabilia de todo tipo, incluso latas de Coca-Cola con su nombre e imagen. Murió a causa de un cáncer de pulmón luego de padecerlo durante un año.

Mi parte favorita de la canción antes mencionada es: «Quiero ser un ser humano y no un hecho humano». Hasta hace unos años lo entendí. Cuando Larkin murió, yo tenía 13 años.

Por supuesto, esta música no es rock, pero tuvo mucho que ver en mi vida. Gracias a ella recuerdo mi infancia, puedo volver allí y sonreír desde la distancia; me veo y quiero llamarme, decirme: «Mira, de esto se trata la canción». Creo que muchos tienen la idea de poder revivir su infancia para reparar sus acciones, recuperar el tiempo perdido, gracias a la experiencia adquirida, pero estoy segura de que sería horrible ser niño y pensar como adulto, conocer el mundo, la miseria eterna; si un niño viviera tal situación, nunca pararía de llorar.

Cuando concluyó el taller de mi novio, decidí comenzar a escribir. Imposible. ¡Qué difícil es escribir! Una vez me dije que podría hacerlo, pero no. Intenté componer una novela corta de género romántico-erótico, y el inicio fue bueno. Me di cuenta de que este tipo de novela es fácil; además de 50 *sombras de Grey*, había leído cientos de novelas cortas de Corín Tellado en la revista *Vanidades*. Aunque las actitudes y características de los protagonistas se repetían una y otra vez (una joven mujer, hermosa y exitosa, es pretendida por un par de hombres muy apuestos, musculosos, sobrios y exitosos, siempre bien vestidos), la lectura es entretenida. Recién leí

otra novela de una autora de quien no sé nada sino solo el nombre: Elena Montagut, su libro se titula *Trazos de placer*, y solo es una relación de hechos que reúne varios sentimientos hasta la conclusión feliz de la historia; asimismo, los perfiles de los personajes de Tellado se repiten en este libro: una mujer hermosa es pretendida por dos hombres exitosos que hacen el amor como máquinas de follar, pero luego de estar en la cama de ambos y querer pasar su vida justo en ese lugar con los dos, la autora introduce el final, ese que libera a su protagonista de adjetivos como zorra o golfa, pues se decide por uno de ellos y viven felices para siempre.

Esta historia podría ser la vida de cualquiera. Una vez, cuando atendí a un enfermo en el hospital, un médico entrevistaba a una mujer al lado mío. Nos encontrábamos en el piso donde se atendía solo a mujeres, y el doctor, entre muchas otras preguntas, pronunció: «¿Cuántas parejas sexuales ha tenido?», la fémina respondió, casi al instante, con pudor y leve voz: «Doce». Su hombre en turno se hallaba allí mismo; era hora de visita, por ello su presencia.

La novela de Montagut bien podría ser la vida de esta mujer y de cualquier otra, pero tomo como

referencia lo que escuché, pues ella había estado con varios hombres y ahora se decidía, por el momento, por aquel, quien estaba preocupado por la salud de aquella mujer que había estado, al menos, con doce hombres; él tenía ese interés por su bienestar, por eso su presencia. El final podría ser ese: el sexo es el que determina la capacidad masculina de supervivencia en el mundo; aquello que la protagonista llama amor es la estabilidad y seguridad en este mundo enfermo. Entonces, aquella respuesta de la mujer demostraba que había encontrado el amor. Quizás los once varones anteriores solo la tomaban para ellos y luego la expulsaban de su cama, y este tipo estaba allí con ella. Dos días después, cuando visité a mi paciente, la pareja aún se hallaba unida, y justo los sorprendí cuando se besaban. Ese hombre le daba sexo y seguridad médica; era, quizás, lo que ella buscaba.

El amor, entonces, es una invención legitimada por medio del matrimonio, un contrato legal instituido para controlar al hombre, es decir, esclavizar. Lévi-Strauss escribió no sé cuántos libros acerca de ello, sobre las mujeres como bienes de intercambio, lo que luego derivó en el matrimonio como medio de

formalización de alianzas. No hay nada de amor en tales asuntos, sino interés de supervivencia, unificar pueblos, terminar guerras.

El amor se reduce a ese instante inútil del coito; ese momento de debilidad, de vulnerabilidad; como el de ciertos reptiles que mudan de piel y permanecen ocultos por temor a la muerte, así el hombre es vulnerable durante el acto sexual, se olvida de todo y solo presta atención al placer; al concluir, acaecen los espasmos violentos, semejantes a los epilépticos; los gruñidos, similares a las bestias cuando copulan. Ya lo decía Jorge Luis Borges: «Los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres».

A partir de ese taller que impartió mi novio, ambos decidimos, pues nos pareció buena idea, escribir basados en una serie de retos no especificados que se nos ocurrirían en cualquier circunstancia. Era nuestro método de forzar la imaginación. Escribir nuestro pasado, una sola escena, a través de una canción fue el primer reto.

El segundo reto fue inspirado cuando fuimos al museo. Visitamos una exposición prehispánica, la exposición permanente de aquel recinto. Después

de contemplar cientos de artefactos y objetos de culturas remotas, cuyas escuetas descripciones apenas señalaban el lugar donde fueron halladas vasijas, utensilios y reliquias, me pregunté si todo cuanto se exhibía era auténtico, si acaso no se trata de una simple cuchara que ahora yace dentro de una vitrina con perfecta iluminación y sin ningún corpúsculo de polvo; es decir, ¿acaso nos asombramos y asistimos a una apreciación cuasi divina de un utensilio de cocina o un cuchillo rudimentario que en realidad no tiene ningún valor? Así que pensé que, en trescientos años, cuando mi casa no exista, y alguien, un niño quizás, juegue en aquella tierra y descubra, al cavarla, una cuchara de plástico, ¿tal miseria valdrá mucho, tanto para estar preservada, inmortalizada en un museo y la gente que acuda allí tome cientos de fotos, incluso posando al lado de ella, de su urna?, ¿en realidad servirá para comprender el pasado, comprender lo irreparable? Trescientos años después de ahora la gente dirá: «Oh, no hay que producir plástico, esto contaminó las civilizaciones pasadas y las condenó a un apocalipsis de polución que derivó en el calentamiento global». Bueno, las armas aún se manufacturan; por ello, la guerra. Nadie que acuda al

museo advierte los horrores de la guerra para decir: «Oh, terminemos esto, hace quinientos años los europeos masacraron el continente americano, y antes las civilizaciones prehispánicas se mataban unos a otros, se esclavizaban y sacrificaban a dioses que ahora negamos su existencia, su ser, de manera rotunda». ¿En el futuro se tendrán a las iglesias, mezquitas, congregaciones, entre otras, como evidencia de nuestro pasado, de lo superado?, ¿acaso el hombre del futuro inventará nuevos dioses y señalará a los de ahora como ridículos e inútiles, y los mitos acerca de ellos serán los milagros que ahora se les atribuyen?

Existe un dicho muy popular: «Quien no conoce su pasado está condenado a repetirlo», bueno, en la escuela lo enseñan, lo afirman como verdad, la legitiman por medio del poder, de fiestas y celebraciones. La historia se repite, se diría que el hombre no puede evolucionar, y la funesta evidencia de ello es que aún se eligen hombres para que gobiernen a los hombres. ¿Cómo un ente ruin y miserable puede gobernar a millones sin que estos respondan ante tal tragedia? La historia es necesaria, porque se aprende a perfeccionar el crimen. Sexo y guerra, así define



la evolución humana Milo Manara en una de sus excelsas obras.

Así que escribí sobre aquellas cavilaciones: un relato breve y tonto acerca de un eximio antropólogo del siglo xxx que descubre el ajuar de un pordiosero del siglo xxi; ello lo catapulta a la fama internacional, por haber descubierto el motivo de la aniquilación del hombre de dicho siglo, y culpa a los vagabundos, que él llama nómadas, por la acumulación de basura, enseres inútiles e insignificantes que contribuyeron a la aniquilación de todos los sistemas.

En estos casos no hay nombres; no hay rostros identificados. Cuando vi todas aquellas antigüedades en el museo que proponían, no, más que eso, que afirman y legitiman esas estructuras sociales que nunca conocimos sino por medio de estos mismos, pensé en quién pudo crear tales ornamentos: esculpir la piedra, tallar un muro para dar forma a una imagen; nunca habrá nombres, los autores de tales obras jamás serán reconocidos, sus obras solo sirven para dar fe de una época y sus sistemas. Entonces me pregunto, ¿por qué alguien moldea del barro un perro, un felino, una serpiente?, ¿por qué se elaboran

figuras femeninas desnudas y voluptuosas?, ¿acaso estas últimas no podrían ser lo que hoy es un juguete sexual, una muñeca inflable, una expresión de lo que hoy llamamos pornografía?

Pero están ahí, y legitiman nuestro pasado. La historia se ha construido por medio de estos elementos; es una relación de micropoder que describió Michel Foucault, un poder que nos dice: «Este es el origen, así comenzó todo». La colectividad y no la individualidad son lo que prevalece: la memoria colectiva y no la experiencia personal.

Dejemos eso y pasemos a lo siguiente. En ese entonces, me sentía un poco optimista por escribir. Mi primer intento fue un fracaso, pero el reto era impeler la inspiración; ahora que lo he vuelto a leer me avergüenzo de mis palabras, de mi trama, es mala, no tonta ni infantil, mala. Mi novio dijo que eso sucede siempre, no solo con la escritura, sino en la vida. Cuando maduramos siquiera un poco caemos en la cuenta de que hemos hecho el tonto cientos de veces, por no decir que hemos fracasado. Cuántas veces no nos hemos arrepentido de declarar el amor, de realizar tal o cual travesura, de mentir a nuestros padres por gastar el dinero, de reprobar

materias, de no asistir a la escuela o de asistir; de nuestros comportamientos en la infancia, la música que escuchábamos, en fin.

El arrepentimiento y la vergüenza ruborizaron mi rostro al leer los breves cuatro folios que constituían mi relato. Los tomé entre mis manos y los rompí. Ya no hay evidencia de ello sino estas líneas, el vestigio de la idea, mas no su forma.

Continuamos con los retos. Esta vez me correspondía idear uno, pues mi novio dijo que la idea de las canciones y la visita al museo eran suyas, así que retomé el cine, no por ser una idea diseñada, sino que llegó de súbito... creo que en realidad las ideas llegan de esa forma.

Tenía una película que había adquirido desde hace bastante tiempo, llamada *Submarine*, una tragi-comedia adolescente inglesa, al menos así la definiría. Me entretuvo. Retrata la vida de un adolescente, las relaciones con sus padres y su novia; todo parece roto, extraño, relaciones, para mí, insostenibles. Pero me hizo recordar mi juventud, mi adolescencia, justo como las canciones. El guion y la banda sonora me parecieron increíbles. Solía disfrutar de cintas hollywoodenses, pero mi novio me mostró este tipo

de filmes, y en realidad muy pocos me gustan, pero este me encantó. Al día siguiente, cuando fue por mí al trabajo, le comenté la película, y él me dijo que, al referirle el título, pensó en otra con el mismo nombre, un filme danés de 2010, que aborda las vidas de dos hermanos que viven en un entorno de violencia y drogas. Según mi novio, el título se debe a que ambos hermanos se hunden cada vez más en la miseria moral: uno de ellos muere y el otro pierde una mano; además, sobrevive el hijo del muerto.

Entonces acudió la idea. Cada uno debía escribir una historia con el mismo título, pero de acuerdo con la trama de la película que vimos: yo, la inglesa y él, la danesa. Por cierto, creo que ambas fueron estrenadas el mismo año.

Pensé mucho tiempo en escribir alguna trama como la película; imposible. El filme me resultó más que excelente; los personajes eran muy complicados a pesar de retratar la vida de un adolescente. Luego de ver esta cinta no creo que algún adolescente experimente los sentimientos, su gravedad, expuestos en el filme. Los chavos de hoy y de siempre solo lloran, comen helado, escuchan música de banda, reguetón y todas esas bobadas; no sé, ahora deben pasarse las

horas en Instagram, tomándose *selfies*, el ensayo del error una y otra vez, y eso es todo, hay que decirlo, son unos estúpidos. «Mi madre le hizo una paja a un místico», qué grandioso guion. Cuando se lo conté a mi novio no paraba de reír y, al llegar a su casa, enseguida vio la película y compartimos la misma crítica. Hablamos como hace mil años, por teléfono, de línea; él, acostado en su cama y yo, sobre el sillón de mi sala. Hablamos durante mucho tiempo, como antes no lo hacíamos. Cuando colgamos, mi mano sudaba y se había adormecido, pero el corazón latía veloz; el cansancio de aquella jornada no era más, y mi boca era una extraña sonrisa, todo mi rostro lo era.

Hace mucho tiempo, escuchaba la voz juvenil de mi novio en el auricular, y yo sonreía y reía a carcajadas. Él escribía poemas, los cuales fueron reducidos a cenizas, dijo que no era poeta, y era un atentado contra las letras la existencia de aquellas grafías. Hace ya tanto tiempo de ello, tanto tiempo.

Luego de quemar sus poemas, me dedicó uno de verdad, justo así lo dijo, pues ya me había dedicado muchos más de su autoría, los cuales aún conservo.

El papel es muy viejo, amarillo y un poco húmedo, la tinta del bolígrafo se ha corrido y ha ocultado uno que otro verso, pero siguen intactos en mi memoria. Casi me obliga a quemar tales poemas, así que le suplique que no me obligara a hacer eso, pero él insistió y tuve que mentir, le dije que quemaría los poemas, a solas, y llevaría las cenizas hasta él. Así lo hice, incineré algunos estados de cuenta del teléfono y los presenté en sus manos. Estoy segura de que no lo creyó; solo tiró las cenizas en un contenedor de una plaza comercial donde quedamos en vernos. Nunca más abordamos el tema.

Nuestras citas no eran comunes, quizás por aburridas. Un par de veces acudimos a bibliotecas. Él siempre me hablaba de libros e historias grandiosas; su rostro se transformaba, era otro, así que quería verlo leer, deseaba ver esa metamorfosis que solo la literatura es capaz de ejercer sobre él. Fue como presenciar la transformación de un vampiro o un hombre lobo, justo ahora no puedo imaginar algo mejor. Por ello acudíamos a bibliotecas, tomábamos un libro, por lo general de cuentos, y nos sentábamos a leer en silencio, uno al lado del otro; yo cruzaba mis piernas sobre la silla y recostaba mi cabeza

sobre su hombro, y él, sobre mi cabeza. La biblioteca estaba vacía y podíamos escuchar el pasar de las páginas y nuestros suspiros cuando leíamos una bella frase.

Así, un día fuimos a la biblioteca y él tomó un libro de poesía. No recuerdo el nombre, pero sí a la poeta: Alfonsina Storni. Yo leía sobre su hombro los *Cuentos de la Selva*, de Horacio Quiroga, cuando él besó mi frente y me dijo: «Levántate y escucha esto, lo he sentido como si fuera mío y te lo otorgo a ti, esto es arte, es tuyo, me ha sido dado y yo te lo doy como si fuera mi sangre». Entonces leyó el poema:

### **Dos palabras**

Esta noche al oído me has dicho dos palabras  
comunes. Dos palabras cansadas  
de ser dichas. Palabras  
que de viejas son nuevas.

Dos palabras tan dulces que la luna que andaba  
filtrando entre las ramas  
se detuvo en mi boca. Tan dulces dos palabras  
que una hormiga pasea por mi cuello y no  
intento moverme para echarla.

Tan dulces dos palabras  
que digo sin quererlo ¡oh, qué bella, la vida!  
Tan dulces y tan mansas  
que aceites olorosos sobre el cuerpo derraman.

Tan dulces y tan bellas  
que nerviosos, mis  
dedos,  
se mueven hacia el cielo imitando tijeras.  
Oh, mis dedos  
quisieran cortar  
estrellas.

Cuando terminó de leer, el silencio no fue vacío, sino lleno de algo que no pude nombrar. Las palabras de Storni quedaron suspendidas en el aire como un perfume invisible, tibio, casi sagrado. Yo comprendí —sin saber cómo— que la poesía no era solo un texto, sino un temblor del cuerpo, una vibración compartida. Él cerró el libro con cuidado, como quien apaga una vela que no debe extinguirse del todo, y entonces, como si siguiera un hilo secreto entre esas dos palabras dulces y el temblor de su propia respiración, buscó otro nombre, otra voz, otra forma



del asombro. Me dijo que ahora escucharíamos un poema que no se leía, sino que se habitaba; uno en el que el aburrimiento no era vacío, sino escenario, materia viva, una especie de teatro invisible donde el alma se desgarraba en gestos, en silencios, en imágenes que dolían. Y entonces pronunció el nombre de Rafael Alberti como si se tratara de una invocación.

### **El Aburrimiento**

(POEMA ESCÉNICO)

Me aburro.

Me aburro.

Me aburro.

¡Cómo en Roma me aburro!

Más que nunca me aburro.

Estoy muy aburrido.

¡Qué aburrido estoy!

Quiero decir de todas las maneras

lo aburrido que estoy.

Todos ven en mi cara mi gran aburrimiento.

Innegable, señor.

Es indisimulable.  
¿Está usted aburrido?  
Me parece que está usted muy aburrido.  
Dígame, ¿adónde va tan aburrido?  
¿Que usted va a las iglesias con ese aburrimiento?  
No es posible, señor, que vaya a las iglesias  
con ese aburrimiento.  
¿Que a los museos —dice— siendo tan aburrido?  
¿Quién no siente en mi andar lo aburrido que estoy?  
¿Qué aire de aburrimiento!  
A la legua se ve su gran aburrimiento.  
Mi gran aburrimiento.  
Lo aburrido que estoy.  
Y sin embargo... ¡Oooh!  
He pisado una caca...  
Acabo de pisar —¡santo Dios!— una caca...  
Dicen que trae suerte el pisar una caca...  
Que trae mucha suerte el pisar una caca...  
¿Suerte, señores, suerte?  
¿La suerte... la... la suerte? Estoy pegado al suelo.  
No puedo caminar.  
Ahora sí que ya nunca volveré a caminar.  
Me aburro, ay, me aburro.  
Más que nunca me aburro.

JORGE TORREALTA

Muerto de aburrimiento.  
No hablo más...  
Me morí.

*Roma, peligro para caminantes, 1967*

RAFAEL ALBERTI

\*\*\*

Hoy preparé café y lo llevé hasta la cama junto con un colorado, mi pan favorito. Quedé mirándolo mientras pensaba en una canción de Los Temerarios ("Sí quiero volver"). Parpadeé, y al abrir los ojos mi pan estaba plagado de hormigas y el café se hallaba frío.

Así sucede la vida. Así se me ha ido. Tarde. Siempre es tarde. Cuán tarde es a esta hora... No lo sé.

## MAR; OCÉANO

**E**L SONIDO DEL MAR ES UNA VOZ VENIDA del infinito y su aliento huele a sal y su boca, a misterio. Las agotadas olas, el postrero e infatigable impulso que golpeaba la arena para tornar a su origen, borraban las huellas de mis pies, arrastraban la arena y me hundía varios centímetros con cada embestida. A veces, la espuma ascendía hasta mi pecho y sentía la fuerza del mar que sin brazos me había rodeado y tiraba de mí hacia no sé qué profundidades. Muchas veces pensé en dejarme llevar, despegar los pies de la arena y ser arrastrado, pero temía sin saber qué, pues quería nadar, conocer los abismos marinos y lo que en ellos habita. Pasaba

largo tiempo en la orilla, donde era bañado por la salinidad de las aguas. Tendido en la playa, el agua llegaba hasta mí y me volteaba, me cubría, saturaba de arena la única prenda que vestía para cubrir mis partes pudendas, y se repetía en un infinito vaivén.

Pensaba en el mar, el cielo, la arena, los peces, las aves, el sol. El conjunto del momento vuelto imagen. Asir el presente. Así que allí estaba. Había renunciado a mi trabajo como periodista luego de varios años. Quería descansar. Redactar notas sin sentido, no importaba de qué hablaran, había afectado mi percepción de la realidad y mi fantasía, mi motor creativo. Las noticias no versaban sino de disputas políticas, meros chismes en los que nada tiene que ver la población, escándalos, videgrabaciones y proyectos gubernamentales que son llevados a cabo sin importar la opinión pública. No hay más que firmas y decretos, tanto de gobierno como de opositores; los demás solo somos espectadores de un teatro cuyo final desconocemos.

Mi vida diaria era la búsqueda de información respecto del quehacer de los poderosos, de catástrofes y tonterías; esta última en hechos virales,

sobre todo en redes sociales, pero las tragedias son el otro medio, además de la tontería, para que las personas sean visibilizadas. De no experimentar un hecho funesto y no ser evidenciados en los diarios, son olvidados. Solo se conoce a los poderosos, a los famosos y sucesos violentos. El periodismo es una prostituta que vende caro sus favores, y en su vagina cabe toda forma de falos, y su repugnante matriz engendra la mentira, la farsa, la calumnia, todas esas vilezas protectoras de los poderes de aquellos que poseen los dineros. A mí, en cambio, me dan las sobras, apenas unos pesos para no morir de hambre y resistir un día tras otro.

Así que, agotado de esta forma de vida, renuncié para desintoxicarme. Los primeros días los transcurrí en mi cama hasta mediodía. Luego me levantaba, bebía café y tornaba a mi lecho; reproducía música de jazz y leía. Olvidé el celular. No quería saber del mundo; si se acababa, mejor. Cada día las noticias indicaban que ese era el último: una nueva guerra de la que pocos hablan; guerrillas que asesinan por motivos raciales; el eterno conflicto Palestina-Israel; ecocidios en mares, bosques, selvas, ríos, montañas; delitos de todo tipo, homicidios, ataques terroristas,

violaciones a personas de todas las edades y millones de taras humanas que de pensarlas me provoca el vómito. Aunado a las nuevas cepas y variantes del SARS-CoV-2 y el surgimiento de brotes de otros virus, las agencias espaciales alertan cada semana sobre meteoritos «potencialmente peligrosos». Pero la humanidad no se acaba, se devora a sí misma y no se sacia. La humanidad parece estar muerta y el cadáver no termina de podrirse.

Si acaso el mundo se destruía, yo quería que terminara mientras estaba en cama, con café, un libro y un álbum de Nicola Conte. Me aislé. Mi alimentación era parca a fin de no ir de compras. Comía cereales: arroz, lentejas y ensaladas que solicitaba a través de aplicaciones. Sin embargo, por el coste exagerado de todo a causa de la inflación, tuve que desistir de mi encierro y acudir al mercado por viandas. Fue allí que, al recorrer el pasillo de pescados y mariscos, no para adquirirlos, sino como sendero para acceder a un expendio de pulque, al cual me dirigía, llegó a mí no el aroma a muerte de aquellos cadáveres, sino el perfume marino, una caricia salada que invita a las aguas, a ser impactado por las olas y cubrirse con la espuma.

No me atreví a mirar a los peces, sus ojos muertos, carentes de párpados; los pulpos vueltos gelatina; los artrópodos, como las jaibas, atados de sus pinzas. Todos hacinados como si fueran algo o nada, una pila de cadáveres vendidos para que alguien más viva. Quién sabe si aquellos beneficiados son dignos de existir. Volví a mi casa con un litro de pulque curado de avena y el aroma salado del mar en mi memoria. En cada sorbo me parecía ver la espuma de las aguas impactadas contra la playa, y eso fue suficiente; era un llamamiento.

Todas mis visitas al mar están vinculadas con la literatura. La primera vez, hace doce años, mi mejor amigo de la universidad y yo hicimos un viaje en bicicleta de Puebla a Veracruz. El camino fue tortuoso, horrible. En ese entonces las disputas entre grupos delictivos asolaban el estado, sobre todo en el Puerto y en Boca del Río. En esta última ciudad, el 20 de septiembre de 2011, un día antes de que partiéramos, los delincuentes habían abandonado una camioneta con al menos treinta cuerpos en la Glorieta de Voladores de Papantla, lo cual suscitó un escándalo nacional. Al llegar al Puerto, hallamos las calles patrulladas por la Marina en un ambiente de tensión, de miedo;



todas las personas parecían sospechosas. El objetivo de nuestro viaje era escribir una crónica al alimón. Hasta ahora sigue en el tintero.

Mi segundo viaje fue a Colima y sus playas, en Manzanillo, también con mi amigo. Esta vez para presentar nuestras ponencias en un congreso de literatura cuya sede fue la Universidad de Colima. Allí pasamos una semana entre conferencias académicas, fiestas y escapadas a la playa, siempre con dos cosas: un libro y una cerveza. Entonces éramos jóvenes. En estas dos ocasiones la experimentación del mar estuvo acompañada por la locura y el temor; una tensión continua. Escándalo y sobresalto. La primera experiencia constituyó una conquista, el demostrar nuestra valía de enfrentar las carreteras y caminos mexicanos y salir vivos de ellos. La segunda fue vivir la fiesta en la playa, contexto, espacio para celebrar nuestra juventud y la literatura.

Pero después quise experimentar el mar en sí mismo, en soledad. Como la arena que va y viene llevada por las aguas y nadie la advierte. ¿Cuánta de esta sustancia yace en lo profundo de los abismos?, ¿cuánto tiempo ha tomado para llegar allí? Quería sumergirme como si no hubiera nacido, es decir,

sumergirme como en un viaje de retorno a la semilla, tan distante como una idea arcaica, sin embargo, sempiterna. Así lo hice.

Pensé de inmediato en el océano Pacífico: tornar a sus aguas, a sus costas, e ir más allá de la arena, avanzar hasta no ver tierra y contemplar la línea del horizonte y escuchar el viento y su diálogo con el mar. Entonces, un día que me hallaba tumbado en mi cama con audífonos y música jazz, me erguí en un movimiento maquinal, encendí la laptop y busqué un vuelo barato de Puebla a Puerto Escondido, Oaxaca. Lo adquirí. También reservé una habitación en un hotel de tres estrellas. Poco después me arrepentí, pero ya había pagado, así que solo dejé pasar el tiempo hasta que llegó el día de partir. Mi equipaje cupo en una mochila, no requerí más. Solo una muda de ropa, sandalias, dentífrico, cepillo dental, bermuda y minúsculos enseres que ya no recuerdo.

El calor de Puerto Escondido me dio la bienvenida cuando descendí del avión. A las 8:30 horas me hallaba en el hotel, en una habitación en la segunda planta. Era pequeña, ideal para mí; incluso contaba con un breve balcón desde donde se avistaba la playa de Puerto Manzanillo. Allí permanecí un tiempo,

sujeto al barandal, con la mirada en las distantes olas, como un enamorado que teme el encuentro con la persona amada. Volví dentro, me arranqué la ropa y salí con bermuda, sandalias, gafas y dinero; este último dispuesto en bolsas plásticas con cierre hermético. Caminé hacia el mar, que se hallaba cerca, a unos metros. Al ingresar en la playa, de inmediato se acercaron todo tipo de vendedores, pero despedí a todos y marché sin parar hasta el mar.

Eran alrededor de las 10:30 horas cuando me reencontré con el mar. Esta vez a solas, con el sol en progreso hacia su cenit. El agua estaba cálida. Mis pies se sintieron atraídos por la primera ola, una caricia, un lavatorio. Ese gigante y su fuerza limpiaron mis pies como Jesús de Nazaret a sus apóstoles, y sonreí, agradecido. Imposible no hacerlo. Di unos pasos más hasta enfrentar la marea; su impulso me hacía despegar los pies del fondo y la sensación era de estar levitando. Nunca había experimentado esta sensación, pues la compañía imperaba; las risas, el alcohol, los juegos ocupaban el primer plano, y el mar era eso, solo un lugar para convivir, no para comprenderlo, para asirlo, para descifrarlo.

Ahí permanecí no sé cuántas horas, contemplando el mar, con la imagen sucia de las lanchas, pero embellecido con el graznar de las aves. Volaban las gaviotas, cuasi suspendidas, planeando en círculos; solo los pelícanos y otra especie que desconozco acuatizaban cerca de la playa y permanecían inertes, mecidas por las olas del mar. Ni el postrero impulso de las aguas antes de romper las inmutaba, perduraban en su lugar, contemplando no sé qué. Yo hice lo mismo, quise replicar su actitud: ser un animal unido con su entorno. Sin embargo, no pertenecía a ese hábitat. Nadie, ni los locales, quienes se han dedicado a controlarlo y explotarlo por medio de la pesca y los recorridos en lancha, o turistas como yo y el resto, que acuden a estos lugares para jugar con la arena, chapotear, tomarse fotos, enfrentar el mar con flotadores y salvavidas, relajarse. Toda actividad humana es antinatural, como si fuéramos ajenos a este planeta, visitantes efímeros en un mundo que no nos reconoce y que, tarde o temprano, nos reconocerá como un error.

A veces, cerraba los ojos, confiado por el mar que me abrazaba como un arrullo, como una madre que duerme sobre su pecho a un hijito. Entonces suspen-

dido, casi flotando, escuchaba el sonido del oleaje, un canto natural, infinito. Era ingente la sensación; acallaba las risas y ruidos humanos. De pronto no había gente ni lanchas, solo el mar, el sol, el viento, las aves, la arena agitada desde el fondo y arrastrada y llevada hasta la playa. No sé lo que sucedió. Pienso que dormí, aunque hubiera muerto. Quizás fue una hipnagogia, pero tuve la sensación de ser un feto. Suspendido en el océano Pacífico, me sentí seguro y potente. Mis pies se hallaban a centímetros del fondo y de cuando en cuando el agua me cubría del todo, pero he aquí que podía respirar y mirar; lo que había delante de mí no era el mar, sino el espacio, un entorno oscuro en completo silencio con estrellas distantes, inalcanzables. Mi cuerpo era extraño: lo descubrí al alargar mis brazos para tomar un planeta; mi piel era transparente y pude observar el quehacer de mis células y la formación de tejidos y órganos. Mi ser estaba en construcción. Entonces abrí los ojos. Mi cabeza sobresalía del agua, mis brazos estaban extendidos y mis pies rasguñaban el fondo y hacían saltar la arena. El sol quemaba con intensidad.

Salí del mar, agotado, apenas con las fuerzas necesarias. Atribuí mi debilidad al ayuno. Y mientras

salía, un anciano se acercó, su piel estaba quemada por el sol, pero su cuerpo era fuerte. Me ofreció un recorrido en lancha, dos horas a lo largo de varias playas, con el propósito de observar tortugas en apareamiento, por la módica cantidad de trescientos pesos.

Era el último asiento libre que quedaba. Sin saber qué hacer a continuación, enseguida acepté. Le di el dinero y me llevó hasta la embarcación, cuyos pasajeros esperaban ansiosos. Me sorprendió la pericia de los operadores que con solo empujar la nave esquivaban los demás vehículos acuáticos. También vi cómo estos hombres estacionaban las lanchas fuera del agua auxiliados por delgados troncos que los ayudantes arrojan al paso para que pueda superar la arena y no termine encallada.

Abordé la nave y zarpamos. Todos hablaban y reían de malos chistes, excepto yo, que no conocía a nadie, y aun conociéndolos no reiría. Poco a poco, la playa desapareció y solo quedó la mar, el océano y risas tontas. Buscábamos tortugas copulando. El horizonte se extendía hasta donde alcanzaba la vista, una visión conducente a paz, a soledad. Entendí por qué estos reptiles se alejan para reproducirse.

Yo también quise experimentar el sexo en aquella soledad, flotando, suspendido, imaginando que el océano es parte del espacio exterior, un reflejo perenne, perpetuo.

Poco después de veinte minutos de adentrarse en el mar, avistamos una tortuga solitaria. Nadaba decidida a quién sabe dónde. El lanchero detuvo la embarcación para admirarla. De inmediato, todos comenzaron a tomar fotografías, grabar videos, es decir, observaban aquel maravilloso animal a través de una pantalla, de una imagen que es la sombra de la realidad. Yo eché los brazos al costado, asomado al mar, y así contemplé a la tortuga. Su mirada era fiera, fija, como una flecha que arrojada marcha hacia su objetivo. Era un animal enorme del que solo asomaba la mitad de su caparazón; las aletas eran ingentes y su cabeza, de tener plumas, se diría la de un águila.

Partimos de ese punto en busca de más reptiles marinos y hallamos dos parejas más. Ambas se revolvían en las aguas sin temor por nuestra presencia. Por supuesto, deben estar habituadas a ser observadas por turistas. Sin embargo, el lanchero explicó que este tipo de tortugas, conocidas como caguamas (*caretta caretta*), también llamadas tortugas

amarillas o cabezonas, son buenas amantes y por ello son capaces de morir en el acto sexual. Según dijo el local, hay un dicho que refiere “quiero morir como el caguamo”. La inmediata acción de los turistas fue acudir al teléfono para grabar a los ejemplares, sobre todo a manera de *selfie*, pues los animales solo importan en tanto referencia y comprobación de la estadía de quien aparece en la imagen. De esta manera, la tortuga es sustituida por cualquier animal o diferente punto.

Lo mismo ocurre con el llamado turismo de liberación de tortugas. El ser humano roba los huevos o a las crías recién nacidas y convierte su existencia en mercancía: cobra por cada “liberación”, aunque todo el ritual no es más que una puesta en escena. Se establece un punto exacto donde deben llegar los turistas y, tras el pago, se les entrega una tortuga diminuta para soltarla a escasos metros del mar. En ese breve trayecto puede ser devorada por aves, cangrejos, peces u otros depredadores. Esta supuesta liberación no es más que una falacia: la verdadera odisea solo la emprenden aquellas que no fueron raptadas, etiquetadas ni vendidas como consuelo para la conciencia humana.



Continuamos con la búsqueda de más parejas, pero ya no encontramos. Eso me alegró porque me pareció una terrible ofensa divertirse de esta manera con los animales. Como el recorrido terminó, partimos hacia Puerto Angelito, una playa de blanca arena y oleaje sereno y transparentes aguas. Al descender mi pie al mar, sentí una sensación de relajación, como un extranjero que vuelve a su patria. En ese momento, un pez acudió a mi llegada. Su piel era añil; su cuerpo, semejante a un disco. Quedé inmóvil para no asustarlo y que no escapara, ya que yo era el invasor. Me miró, juró que me miró; luego se alejó lento, en confianza. Entonces me dejé caer de rodillas en el agua y fui impactado por el suave golpe de una minúscula ola; entonces me tiré de espaldas y dejé que las aguas me mecieran. Permanecí allí, así, como un cadáver que flota.

De pronto, sentí un terrible ardor en mis piernas y hombros. Descubrí que mi piel estaba ardiendo y en mis piernas estaban dibujados un par de atardeceres. Mi piel presentaba un tono rojo degradado, justo como un crepúsculo de arrebol. Me retiré de la playa a descansar mi piel, quién sabe si no a punto del cáncer, y a comer mi primera comida del día.

Al día siguiente llevé a cabo lo del día anterior. Acudí a la playa mientras amanecía, ahora con protector solar, y me tumbé en la arena para que me cubriera el mar. De nuevo, un hombre se acercó y me invitó a un viaje en lancha en busca de delfines. Me erguí enseguida. Nunca había visto delfines. Ni siquiera pregunté el precio. Le dije que me llevara de inmediato, y zarpamos entre amigos y un desconocido. El recorrido fue el mismo, al menos eso pensé. Y luego de una hora ya no se podía atisbar la playa. De nuevo quedaba la soledad y el mar estaba calmo. Pero he aquí que a lo lejos las aguas comenzaron a agitarse, como si hirvieran. Eran los delfines que se acercaban.

Sucedió lo mismo con los turistas del día anterior. Tomaron su celular y lo observaron a través de la pantalla. Yo quedé impresionado. Los cetáceos comenzaron a danzar en y sobre las aguas. Primero aparecieron las aletas grises, dos saltaron haciendo giros, luego dos más y el resto solo asomó los lomos. Era un ballet acuático. Las expresiones de asombro no cesaban. Yo quise saltar y nadar con ellos: escapar del humano mundo y recorrer los mares, los océanos. Pensé en las tortugas que visitan continentes; en

las águilas que vuelan por Europa, Medio Oriente y África, y concluí que el hombre es el ser más tonto de la creación.

Pensé en las limitaciones que supone ser humano. Estar restringido de todo. Hablar de libertad y operar la movilidad mediante salvoconductos, el principal: el dinero. Sin este se es menos que basura, a pesar de todos los derechos referidos en un papel. Los animales son los únicos libres, al menos eso parece, porque la invasión a su hábitat y explotación hacen del planeta un zoológico gigante para el humano, que de querer recorrerlo debe pagar sus respectivas cuotas.



*Sudario del silencio* se terminó de imprimir en los talleres  
de Océano azul creativo S.A. de C.V.,  
en la ciudad de Puebla, Pue.

El tiraje consta de 500 ejemplares  
La composición tipográfica se realizó en Alegreya.

Diciembre 2025